

PUNTO ROJO

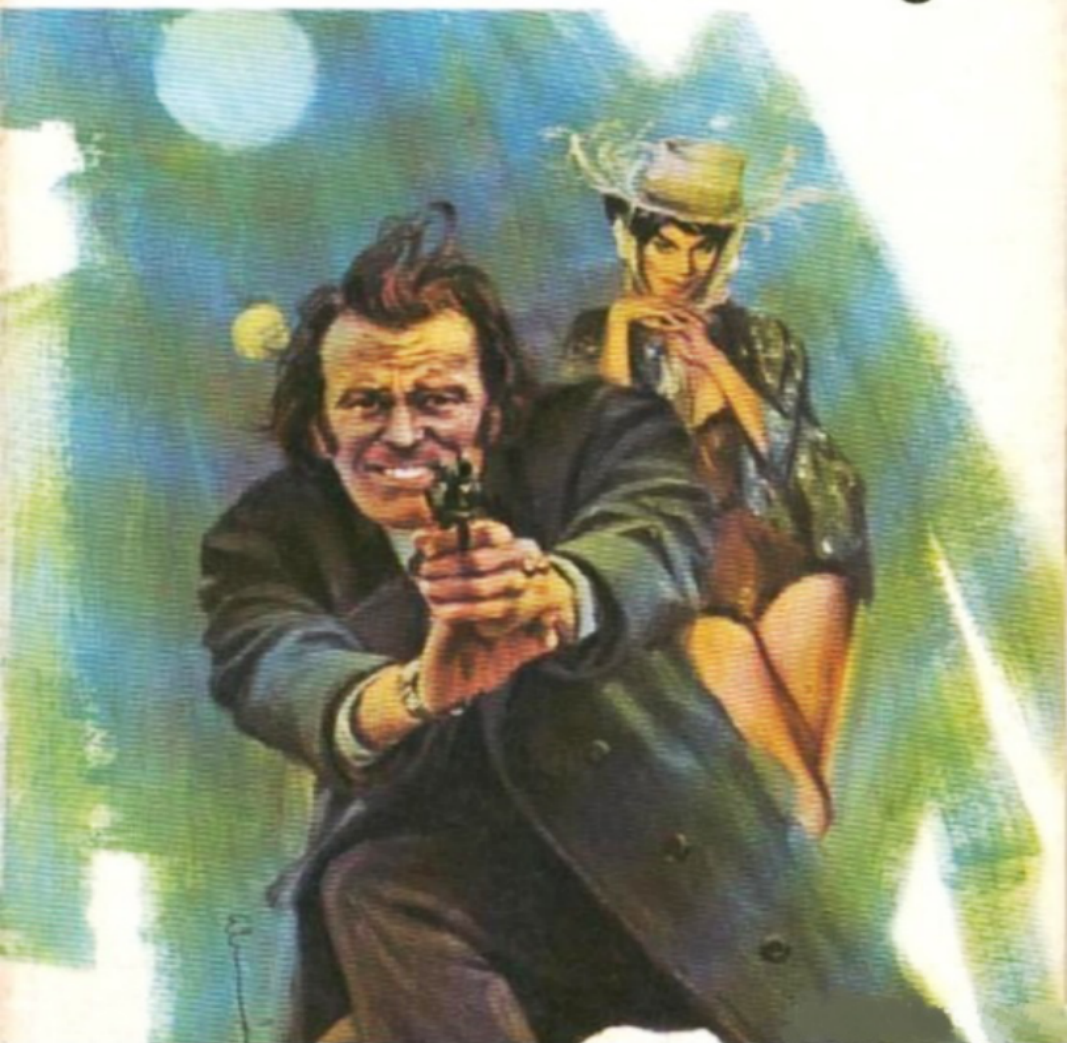
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

A CIEGAS

Lou Carrigan



LOU CARRIGAN

A ciegas

Colección PUNTO ROJO nº 1092. Bruguera – abr/1983

CAPITULO PRIMERO

Adam Lockman vio encenderse las luces de freno del vehículo que estaba persiguiendo desde Washington. Un automóvil en el cual viajaba, solo, el diplomático holandés Rop Van Dogen. El mes anterior también había seguido a Van Dogen, pero lo había perdido. Debió ser por simple mala suerte, ya que Adam no era ningún novato en aquellas actividades, y, por otra parte, si hubiera sido porque Van Dogen se había dado cuenta, esta vez habría tomado más precauciones.

Pero no era así, y, al parecer, el diplomático holandés no temía ser seguido. Había sido no fácil, pero tampoco complicado. Sí, a la vez anterior había sido simple mala suerte perderlo.

Las luces del coche de Van Dogen volvieron a mostrar el rojo del frenado. Adam Lockman frenó también un poco. Luego perdió por un momento el coche del holandés en la oscuridad. Y casi en seguida volvió a ver las luces de freno. Casi en seguida, se apagaron todas las luces del coche. Adam comprendió que Van Dogen había detenido el coche, y él hizo lo mismo, apagando también sus luces de posición.

Apareció un rectángulo de luz cerca de donde Van Dogen había detenido su coche, y Adam comprendió que provenía de una ventana, y que alguien había estado esperando la llegada del holandés en una casa. En seguida, vio la silueta rechoncha del holandés recortándose contra el rectángulo de luz de la ventana.

Muy bien.

Metió el coche entre unos árboles, apagó el motor, y se apeó. Oyó el rumor lento y sordo de las aguas del río Potomac, pero no le concedió importancia. Sabía muy bien dónde estaba. Y sabía muy bien, por oscura que fuese la noche, dónde había detenido su coche Van Dogen. De modo que se dirigió hacia allá, deslizándose en silencio y buscando las zonas de máxima sombra.

Llegó cerca del chalé en unos tres minutos. Vio el coche de Van Dogen; pero ningún otro vehículo, lo que podía significar que la persona o personas que esperaban a Van Dogen vivían allí y tenían el coche en el garaje, posiblemente en la parte de atrás del chalé.

Con respecto a Rop Van Dogen, cuyas actividades un tanto poco usuales tenían intrigada a la CIA, el agente de ésta Adam Lockman había presentado el mes anterior su informe de «perdido en ruta». Esta vez no presentaría tal informe, impropio de él, considerado uno de los mejores contraespías actuales.

Esta vez, presentaría un informe completo.

Decidido a esto, Adam Lockman corrió sigilosamente hacia el chalé, y llegó en cuestión de segundos cerca de la ventana iluminada. Estuvo unos segundos allí, mirando hacia la oscuridad. No parecía que

hubiese nadie más, que alguien le hubiera visto.

Se dio cuenta, de pronto, de que estaba oyendo la voz de Van Dogen por la ventana. Se acercó más a ésta, y comprobó que las vidrieras estaban solamente ajustadas. Ahora oía la voz de otro hombre. Este hombre era norteamericano, desde luego. Van Dogen le contestaba en buen inglés, pero por supuesto se notaba su acento extranjero. Bien. Van Dogen se había reunido allí con un norteamericano. ¿Quién era y qué se estaban diciendo?

Aun a riesgo de ser visto desde el interior, Lockman echó un vistazo por la rendija de la ventana. A quien primero vio fue al norteamericano, que estaba hablando en aquel momento. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de ojos claros, frente amplia, boca fina, nariz correcta. Atractivo. Adán Lockman no le conocía. Frente a él estaba Van Dogen, al parecer algo disgustado... El otro era más frío, más sereno. No estaba alterado en absoluto. Van Dogen sí, un poco. Evidentemente, estaban discutiendo. Oía sus voces, pero no podía entender lo que decían; sólo entendía algunas palabras sueltas que en nada le ayudaban para asimilar la conversación.

Estaba pensando en arriesgar más con tal de enterarse de lo que hablaban el norteamericano y el intrigante holandés cuando, de pronto, el norteamericano sacó una pistola provista de silenciador, y disparó al pecho de Van Dogen por dos veces en rápida sucesión.

Adam Lockman se sobresaltó, con toda lógica, y retrocedió vivamente un paso.

En ese mismo instante captó un movimiento en una esquina del chalé, y comenzó a volverse hacia allí.

Todo lo que pudo ver fue el diminuto puntito del fogonazo del disparo efectuado con silenciador. Simultáneamente, sintió el brevísimo impacto en el lado derecho de la frente, se tambaleó un instante con la sensación de que un petardo acababa de explotar dentro de su cabeza, y, al mismo tiempo, perdió por completo la visión.

Todavía sin comprender de modo consciente lo que esto significaba, Adam Lockman hizo lo único que podía hacer en aquellas circunstancias; sacó su propia pistola y disparó hacia donde, un instante antes, había visto el fogonazo del arma de su agresor. Oyó el rebote de la bala en la esquina, y se imaginó a su antagonista saltando hacia atrás para protegerse...

Y en ese mismo instante Adam Lockman comprendió que acababa de perder la visión y que un segundo de vacilación podía costarle la vida. Giró, y echó a correr alejándose de la casa en dirección al Potomac. Corrió como si gozara de perfecta visión, como antes. Pero esto no era así, y al momento siguiente se encontró tendido en el suelo y sin la pistola en la mano. Se puso en pie rápidamente, sintiendo un helado terror en su oscuridad total, y reanudó la carrera hacia el río. Cayó de

nuevo al recibir el balazo por detrás, pero al instante siguiente estaba otra vez en pie.

Tras él, oyó las voces en tono agudo. Distinguió la del norteamericano que había matado a Van Dogen, y la otra la identificó como perteneciente a una mujer. Eso fue todo.

Seguía corriendo hacia el río, guiado por el sordo rumor que cada vez oía más cercano, tropezando continuamente y cayendo un par de veces más. Finalmente, sus pies se hundieron en la orilla del río. Sus manos tocaron una rama atascada en la orilla. Detrás de él, la voz del norteamericano, de nuevo.

La intención de Adam Lockman era lanzarse al río y dejarse llevar por la corriente hasta que alguien le recogiese desde una embarcación, posiblemente ya cerca de Washington. Pero supo que si nadaba hacia el centro de la corriente no tendría tiempo de alejarse antes de que llegase el norteamericano asesino y la mujer. Le verían, y le dispararían. No podría hacer nada. Sólo morir.

La súbita idea le hizo alzar la rama que estaba tocando. La tiró con fuerza hacia el centro del río, y él salió de la orilla, encontró en seguida unos arbustos, y se lanzó entre ellos. Continuó la respiración. Oyó el jadeo del hombre y de la mujer. El hombre dijo algo. Luego los dos dispararon, seguramente hacia la rama lanzada por Adam hacia el río, creyendo que era él. No debían ver muy bien.... pero ellos veían.

Adam permaneció inmóvil. Sabía que ellos estaban cerca. Quizá estuvieron allí cuatro o cinco minutos. Luego se fueron. Adam Lockman sentía la sangre deslizándose por el lado derecho del rostro, y el intenso dolor en la espalda, donde parecía que tuviese adherida una brasa. Sentía frío el resto del cuerpo. Y sobre todo, se sentía frío por dentro. ¡Dios, no veía nada, estaba ciego...! Claro que sería una cosa temporal, debido a la herida de la frente, al impacto, que debía haber afectado algún nervio óptico cualquiera sabía cómo, pero lo cierto era que, en aquellos momentos, no veía nada.

Simplemente, estaba ciego.

Comenzó a sentirse agarrotado y cada vez más dolorido. No sabía el tiempo que llevaba entre las matas. ¿Volver en busca del coche? Era peligroso e inútil. Peligroso porque quizá el norteamericano y la mujer estuvieran todavía por allí, y no podría hacerles frente de ninguna manera. Inútil, porque aunque consiguiera llegar a su coche no podría conducir.

Le dolía la cabeza, y desde la espalda le llegaba aquella quemazón y la sensación de que algo estaba hinchando en su costado derecho.

«Me voy a desmayar», pensó, extrañamente lúcido.

Lo único que se le ocurrió para evitar esto fue recurrir a su inicial idea del río. Se metió en la corriente, nadó hacia el centro, y se dejó llevar. El frío del agua lo despejó. Pero le dolía todo ahora, y un extraño

espanto desconocido para él se iba apoderando de su mente. No veía nada. Estaba en el centro del Potomac, herido y ciego...

* * *

—¿Qué tal, Adam? ¿Cómo se siente hoy?

Sumido en la aterradora oscuridad, Adam Lockman reaccionó. Conocía perfectamente aquella voz: era la de su jefe.

Y acababa de preguntarle cómo se sentía *hoy*. ¿Hoy? ¿Qué día era? ¿Cuánto tiempo había pasado desde...?

—Estoy ciego —murmuró.

Hubo unos segundos de silencio. Luego la voz de su jefe sonó más cerca, a menor altura: se había sentado junto al lecho en el que yacía el invidente agente de la CIA, Adam Lockman.

—Esperamos que eso se arreglará pronto, muchacho —dijo su jefe—. Lo de la espalda ya está también en óptimas condiciones de recuperación. De todos modos deberá permanecer aquí tres o cuatro semanas. Tranquilo; está en nuestra clínica.

—Estoy ciego —insistió Adam, en un murmullo.

—Pronto será examinado, y todo terminará bien.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, señor?

—Cuatro días.

—¡Cuatro días...!

—Tranquilícese. Todo va bien. Por el momento hemos arreglado el asunto con los holandeses, los hemos apaciguado. El cadáver de Van Dogen ha sido ya enviado a Holanda,

—¿Encontraron el cadáver? ¿Cómo?

—Usted nos lo dijo todo. Fue recogido en una lancha por un grupo de jóvenes, les contó la mentira de que era un policía en acto de servicio, y exigió ante todo un teléfono. Me llamó, yo acudí, y me hice cargo de todo. Nos lo explicó todo muy bien, incluso la ubicación del chalé. Recuperamos su coche, y la pistola, incluso.

—¿Yo hice eso? ¿Yo les expliqué todo?

—¿No lo recuerda?

—No... No.

—Pues lo hizo. Dios, parecía que tuviera en el cuerpo una cinta magnetofónica grabada, Adam. Todos nos quedamos admirados. Y ahora, tranquilo, todo va bien. Volveré dentro de un par de días. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí señor. Gracias.

Hubo unos segundos de silencio antes de que sonase de nuevo la voz del jefe, tensa.

—Muchacho, hace falta tener narices para hacer lo que usted hizo en sus condiciones. Descanse.

Dos días después, en efecto, el jefe volvió. Adam se sentía mucho

mejor de la herida, aseguró que podía hablar, y repitió lo que él no recordaba haber explicado ya. Todo coincidía. La herida de la frente iba cicatrizando rápidamente. Una semana más tarde, Adam Lockman fue llevado a un instituto oftalmológico. Y a otro, seis días más tarde. Mientras tanto, la herida de la espalda también iba mejorando rápidamente, y en determinado momento su jefe le pidió que dictase el rostro del hombre rubio, el norteamericano que había asesinado fríamente al holandés Rop Van Dogen. Lockman supo que había en la habitación seis dibujantes de la CIA confeccionando un retrato robot con los datos que él iba facilitando. No se sorprendió cuando, finalmente, su jefe le dijo que, si bien cada dibujante había trabajado bien plasmando los rasgos del norteamericano conforme a sus descripciones, el resultado, por demás lógico, era que se habían obtenido seis rostros de facciones parecidas, pero diferentes.

Y puesto que Adam Lockman, invidente, no podía dar instrucciones posteriores, ni decir cuál de las fotos robot se parecía más al norteamericano, la cosa tuvo que quedarse así. El norteamericano fue designado con el nombre de Killer, esto es, asesino, y, para simplificar, se le llamó simplemente K. A la mujer se la llamó M, de Mujer, simplemente también. De ésta no se sabía nada, ya que Lockman no había llegado a verla. Sí dedujeron, lógicamente, que ella estaba cerca del chalé esperando a K en un coche, que vio llegar a Van Dogen, al que conocía, evidentemente, y luego vio aparecer a Lockman, al que intentó matar.

En cuanto a la casa, el chalé, había sido investigado, y la conclusión a que se llegó no sorprendió a nadie: pertenecía a una familia que vivía en Washington, y que ni siquiera llegaron a enterarse de lo sucedido. Jamás sabrían que Killer había utilizado su chalé, en su ausencia, como punto de reunión con un diplomático holandés que había sido asesinado.

Finalmente, Adam Lockman, ya casi completamente restablecido, hizo balance de la situación: habían matado ante sus narices a su presa, le habían dejado ciego a él, y eso era todo. No sabían quién era K, no sabían quién era M, no sabían qué relación existía, es decir, había existido, entre K y Van Dogen... No sabían nada de nada y él estaba ciego. Fuera de peligro absolutamente, pero ciego... a cambio de nada.

Y como no podía hacer ninguna otra cosa, Adam Lockman comenzó a pensar.

* * *

—Muy bien, Adam —preguntó su jefe, tras sentarse junto al lecho—, ¿qué es lo que ha pasado?

—Quiero encontrar a K, señor.

—Lo comprendo Pero hasta que recupere la vista...

—Eso no sucederá nunca, y ambos lo sabemos —murmuró Adam.

—Se equivoca. Las posibilidades...

—Vamos a dejar eso, de momento. O mejor dicho, vamos a aprovechar eso de las posibilidades de la recuperación de mi vista. Debo suponer que están preparándose un nuevo examen médico al respecto.

—Naturalmente.

—Bien. Quiero que ese examen, o la operación subsiguiente, se realicen lejos de aquí. He oído hablar de un oftalmólogo muy famoso, un español residente en Barcelona. Barraquer creo que se llama.

—Sí... Sí, en efecto.

—Bien. Quiero ir allá en barco.

—¿A Barcelona? Bien... No veo problema en ello, si eso es lo que usted desea, pero... ¿por qué en barco?

—En barco y solo, señor.

Hubo uno de aquellos silencios tan característicos de su jefe. Por fin, éste replicó.

—No sea loco.

—Usted ya me ha comprendido, ¿verdad, señor?

—Me temó que sí. Eso es inviable. Imposible. Olvídelo.

—No señor. Quiero tenderle una trampa a K. Él sabe que si yo recupero la visión está perdido. Así que... muy discretamente, como si en realidad no quisiéramos que se supiese, esparciremos la noticia de que Adam Lockman solo, toma un barco hacia Europa, para ser intervenido quirúrgicamente en la Clínica Barraquer de Barcelona. Cuando K sepa eso tendrá que hacer algo para impedirlo. Así que... me atacará.

—Lo primero que pensará K es que el barco en el que usted viaje estará lleno de agentes de la CIA.

—No. si la noticia la deslizamos con habilidad. Además, realmente no irá conmigo ningún compañero. Quiero ir solo.

—Si va solo es cuando K sospechará que hay alguien protegiéndolo alrededor suyo. Es absurdo admitir que un ciego viaje solo. Por lo menos debería acompañarle un hombre.

—No, no, no. K tiene que verlo todo muy fácil. Cuando se entere de que salgo en barco hacia Europa posiblemente tome el mismo barco, o envíe a algún amigo suyo a matarme. Antes de atacarme se asegurarán bien de que no hay agentes de la CIA en el barco, recurrirán a trucos como falsos ataques y cosas así... Quiero ir solo.

—Vamos. Adam, un ciego no emprende solo un viaje semejante. Eso es increíble. Resultaría más sospechoso que ponerle un hombre como acompañante.

—Bueno, que me pongan una enfermera. Sólo eso.

—¿Una enfermera? Se cargarían a la pobre muchacha sin miramiento alguno.

—Bien... Pues que no sea una pobre muchacha. Digamos que podría llevar una enfermera especial. O mejor todavía, una novia. Una novia que no tuviese miedo de acompañarme. —Adam Lockman sonrió irónicamente—, ¿Conoce alguna mujer así?

—Tal vez. Pero todo es descabellado. Además, es un truco muy gastado. Adam. K por fuerza tendrá que sospechar.

—Si yo tomo un barco hacia Europa él hará lo mismo —machacó Adam—. Durante los primeros días del viaje vigilará, se asegurará. Y ciertamente, sólo me atacará si ve que no hay peligro. Así que, si se hace, deberé ir solo..., ya que no vamos a encontrar ninguna novia enfermera que tenga agallas para una cosa así.

—Quizá dispongamos de alguna mujer así en la CIA.

—Bueno, pues propóngale ese agradable viaje por mar. Y cuando se haya convencido de que ninguna de nuestras compañeras está dispuesta a jugarse la vida de modo tan absurdo, vuelva a charlar conmigo. Espero poder convencerle para que me permita hacer eso yo solo, a mi manera.

—Lo dudo. Volveré dentro de un par de días.

* * *

Oyó abrirse la puerta de la habitación, cerrarse. Luego los pasos. Los identificó.

—¿Qué tal, señor? —sonrió en su oscuridad. Su jefe ocupó la silla junto al lecho.

—Lo vamos a trasladar a un lugar que termine de recuperarse, Adam. Estará mejor que en esta habitación. Dos compañeros cuidarán de usted, temporalmente, hasta que...

—Señor, todo eso no me interesa ni poco ni mucho. Quiero saber qué ha decidido usted sobre mi plan.

—Ha sido... analizado. Tiene posibilidades, claro. Pero no vamos a engañarnos, ¿verdad? Lo más seguro es que ocurra una de estas dos cosas: a), K no intentará nada, y b), si lo hace es muy posible que consiga matarlo. El riesgo es enorme.

—Bueno, pero es mi vida la que me juego, ¿no? Escuche, señor, estoy ciego, y tengo la certeza de que así será para el resto de mis días. No sé si le parezco cobarde por decir esto, pero la vida así no me interesa... demasiado, francamente. Y todavía puedo conseguir algo importante. Tal vez consiga que K se acerque a mí, y si lo hace, espero poder capturarlo con vida, para que nos diga qué estaban tramando él y el holandés Van Dogen.

—Bueno, no podía ser demasiado importante, Adam.

—¿No? Entonces... ¿por qué K asesinó al holandés? ¿Y quién era la

mujer que estaba con K? En cuanto a K, es norteamericano, de eso puedo estar completamente seguro. Me pregunto qué había entre él y Van Dogen. ¿Quién es K, dónde trabaja, qué daño o beneficio puede reportarnos? ¿Trabaja en la Casa Blanca, en el Pentágono, es un senador, un agente del FBI, un traidor...? Maldita sea señor: ¿quién es K, dónde está, qué está tramando? ¡Y no me diga que esto no lo ha pensado *usted*!

—Claro que sí —admitió el jefe.

—Déjeme intentarlo. ¡Es lo último que puedo hacer, señor! No le estoy pidiendo nada para mí, sólo para el servicio, quizá para Estados Unidos. Y a cambio, sólo arriesgo una cosa que ni siquiera me importa a mí mismo: mi propia vida.

—Bueno —murmuró el jefe—, es que... hemos encontrado a alguien dispuesto a hacer ese viaje en barco con usted, Adam.

CAPITULO II

Ciego, pero no sordo. Adam Lockman estaba empezando a poder identificar las pisadas de las personas que caminaban a su alrededor. Se hallaba en un chalé algo alejado de Washington, siempre acompañado por dos hombres, dos agentes de la CIA encargados de protegerle y atenderle mientras permaneciese allí.

Desde que fuera dado de alta de su herida en la espalda había sido instalado allí, donde ocasionalmente le visitaba su jefe después de que él hubiera dictado los rasgos del asesino llamado K. También le habían visitado varios médicos, y, en dos ocasiones, además de los exámenes a que le habían sometido durante su permanencia en la clínica, le habían trasladado a otras instalaciones médicas para insistir en los exámenes. La esperanza era lo último que debía perderse, cierto, pero tampoco había que aferrarse a ella de un modo abyecto. Existía un gran porcentaje en contra de la recuperación de su vista, y así, Adam Lockman había pensado que sería conveniente comenzar a acostumbrarse a ello, y desarrollar más sus otros sentidos.

El primero de éstos que estaba empezando a desarrollarse de modo sorprendente era el oído, y fue así como Adam Lockman identificó aquella tarde las pisadas de su jefe, que llegaba acompañado de otra persona.

No hacía falta la agudeza auditiva de Lockman para saber que esta persona era una mujer. El sonido de los tacones de sus zapatos era suficiente. De modo que allí estaba su «enfermera».

En un segundo, Adam intentó adivinar cómo era. Lo primero que supo fue que no era gruesa; no pesaba mucho. Su paso era rítmico y suave, flexible. Le gustó el caminar de la mujer. También le gustó el hecho de que no usara perfume alguno, lo que la clasificaba, siempre en la opinión de Lockman, en el tipo de mujer discreta y sobria. Muy pronto, cuando ella hablase, sabría cuál era su estatura, y, por el tono de su voz, sabría de dónde procedía, de qué estado de la Unión. Muy poco después, sabría cuál era su nivel cultural, la riqueza de su vocabulario, y, casi seguro, si era una mujer tensa o serena. Esto era muy importante... Muy, muy importante. De entrada. Adam sabía que la mujer era valiente, eso resultaba indiscutible, si había aceptado el plan. Pero en ocasiones, el valor no sirve de nada si no se tiene la serenidad adecuada para utilizarlo...

—Hola, Adam. ¿Qué tal?

—Buenas tardes, señor. Bien. Me siento muy bien. Como nuevo. Sentado en el sillón, tendió la mano, que encontró la de su jefe. Ah, aquél si era un jefe digno de serlo. No como aquellos calientasillas de la Central que daban órdenes que ellos serían incapaces de cumplir. El jefe de Adam Lockman merecía serlo, procedía del espionaje de

acción, y Adam no conocía a nadie que pudiera desempeñar mejor aquel cargo...

—Ella ha venido conmigo, Adam. Es Ophelia Parker.

—Hola. Ophelia —dijo Adam—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. Tienes buen aspecto.

—Gracias —sonrió Lockman—. Me gustaría poder decir lo mismo de ti, pero como no te veo...

—Ya me verás en Barcelona —dijo Ophelia Parker.

Adam Lockman asintió. Bien, de modo que su «enfermera» ya sabía todo lo que tenía que saber. El jefe la había puesto en antecedentes.

—Espero que sí. ¿Eres del estado de Nueva York?

—De New York City.

—Ya. Bueno, me gustaría invitarte a algo... ¿Café?

—Me sentaría bien un whisky —dijo Ophelia Parker. Y le gustó que prefiriese el whisky en lugar del café. Es decir, no que lo prefiriese, sino que no se privase de pedirlo temiendo que rechazando el café podía ocasionarle más molestias.

—Yo se lo serviré —dijo el jefe.

—No —dijo Ophelia en seguida—. Es Adam quien me lo ha ofrecido.

Adam Lockman escuchaba con suma atención la voz de Ophelia Parker. No era una jovencita, pero tampoco era mayor; se encontró con la sorpresa de que no podía calcular su edad. ¿Veinticinco, treinta, treinta y cinco...? Una cosa era segura; Ophelia hablaba con tranquilidad y con seguridad. Sabía lo que quería y lo que decía. Bien. Bien. Se puso en pie, y se orientó hacia donde sabía que estaba el bar, por haber oído a sus compañeros en aquella dirección en otras ocasiones cuando preparaban un trago. Comenzó a caminar hacia allí, y se dio cuenta del súbito silencio.

Tenían razón. Lo que estaba intentando era un estúpido alarde. Tal vez dentro de algunos meses, o años, podría hacer cosas como ésta de ir hacia el bar, pero no ahora, cuando hacía mes y medio que le habían herido y sólo hacía diez días que había sido dado de alta...

—La mesita está frente a ti —dijo Ophelia—, Gira treinta grados a la derecha.

—Gracias. Por favor, siéntate, Ophelia. ¿Uno setenta y cinco?

—¿De estatura? —rió ella—. Con estos tacones, uno setenta y ocho.

—No está mal.

—No son tacones muy altos.

—Lo sé. Por eso digo que no está mal.

—¿Cómo sabes que no son tacones muy altos?

—Por el sonido. Si fuesen más altos el sonido sería más agudo al caminar.

—Espléndida observación. Con hielo, por favor.

Adam Lockman había pasado rozando la mesita anunciada por

Ophelia. La notó en un lado de su pierna izquierda. Por un momento, titubeó. Fue un momento atroz aunque brevísimo. Se encontró de pie, sabía que dentro de una salita, pero tuvo la sensación de que ante él se extendía el más amplio y pavoroso abismo. Un abismo interminable y negrísimo. Era como estar suspendido en el espacio y caminar hacia la negrura total. No había camino, no había principio, no había fin, no había NADA.

Se obligó a caminar, negándose a extender las manos ante él. Llegó a la pared, y habría chocado contra ella si no hubiera oído el leve carraspeo de Ophelia. Sólo fue eso, un simple carraspeo como casual, pero en el acto Adam Lockman alzó una mano, tocó la pared, y se detuvo. El silencio tras él era total..., aunque ahora, su aguzado oído distinguía las respiraciones de las cuatro personas que había con él en la sala.

—¿Eres zurdo? —preguntó Ophelia.

—No —negó Adam.

Giró hacia la derecha, y en seguida su mano tocó un mueble, sobre el que puso las manos. Comprendió que era el bar. Sentía el fortísimo latir de su corazón. Dios, era espantoso ser ciego... ¡Era horriblemente espantoso!

—Siempre me ha gustado ese tipo de mueble bar —dijo Ophelia—, con persiana en lugar de dos puertecitas. Unas puertecitas tan pequeñas, no sé por qué, las encuentro ridículas. En cambio, una persiana tipo buró es graciosa.

La memoria de Adam Lockman funcionó igual que una cinta magnética colocada en la computadora. Giró, pasó de largo, regresó, se detuvo en el sitio exacto, y llevó velozmente los datos a su cerebro. Los datos del recuerdo de los sonidos que había oído bastantes veces, y que no había podido identificar: ahora sabía que era el sonido de la persiana que servía de puerta al mueble bar.... y se había ahorrado ofrecer el lamentable espectáculo de buscar en vano las más corrientes puertecillas en aquel tipo de mueble.

En su mente comenzó a desarrollarse una idea: Ophelia Parker era una mujer *muy* inteligente. Y si él lo era tanto como creía, la conexión entre ambos iba a ser sorprendente.

Sus dedos tocaron la persiana, la lazó, y metió una mano dentro, con cuidado. Tocó un vaso. Era de cristal grueso, y bajo. Preguntó:

—¿Prefieres vaso grande o largo?

—Me da lo mismo —aseguró Ophelia.

El mensaje llegó a la mente de Adam Lockman con una nitidez que lo estremeció: no había allí vasos altos, sólo bajos y de grueso cristal.

—Yo los prefiero grandes —dijo—. Si no te importa de verdad...

—No, no me importa. Lo que nunca me ha hecho gracia es que me pongan el hielo utilizando los dedos para agarrar los cubitos.

—De acuerdo.

Sí señor, mensaje recibido: Ophelia acababa de decirle que tenía la cubitera cerca, y que había unas pinzas en ella, así que no debía meter la mano directamente. Colocó dos vasos sobre el mueble, y se preguntó dónde estaba la cubitera. Lo supo en seguida: estaba a su derecha. Y lo supo porque si hubiera estado a su izquierda, Ophelia, que sabía que él no era zurdo, le habría hecho alguna observación.

Tendió la mano hacia su derecha, y encontró la cubitera. Buscó con el dedo índice alrededor del borde, y encontró las pinzas. Metió éstas en la cubitera, y asíó un cubito... Se oyó el sonido del hielo en el grueso cristal de uno de los vasos. Dios... ¿Y el whisky?

¿Dónde estaba el whisky? En el mueble debía haber varias botellas, y no todas de whisky.

Como mínimo, sabía que había vodka y coñac, pues sus compañeros de protección habían mencionado en algún momento estas bebidas... Así que, aunque sólo hubiera tres botellas, era imposible para él saber cuál era la del whisky. Claro, podía ir destapándolas y oliéndolas hasta localizarlo, pero...

—¿Estuviste casado alguna vez, Adam? —preguntó Ophelia.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno —adivinó perfectamente la sonrisa de ella—, un hombre tan atractivo es una pieza que las mujeres no dejan escapar fácilmente.

—Tuve suerte —volvió Adam la cabeza, sonriendo—. No me puse a tiro.

—Ya te pondrás.

—Hum.

Volvió la cabeza de nuevo al frente, hacia el bar. ¿La botella de whisky? Pues muy sencillo: era la segunda empezando por la izquierda, fuese cual fuese la cantidad de botellas que hubiera allí dentro. Y sabía que era la segunda empezando por la izquierda porque ese lugar era el que ocupaba el dedo anular en la mano, el dedo solía colocarse el anillo de casado.

Tocó las botellas, y, sin vacilar, sacó la segunda empezando por la izquierda. En cuanto la destapó supo que era la del whisky... También su olfato se estaba desarrollando. Y su capacidad de percepción, en todos los órdenes.

Sirvió whisky en los dos vasos, tapó la botella, la guardó, bajó la persiana del mueble bar, agarró los dos vasos, y se volvió. No estaba muy seguro de la dirección que debía tomar. Había situado más o menos a Ophelia, pero no con la seguridad necesaria.

Oyó el suave chasquido de un encendedor, y en el acto supo dónde estaba Ophelia Parker: a su izquierda, sentada en uno de los sillones. Fue hacia allá directo, sabiendo que no encontraría ningún obstáculo, pues de ser así, además de indicarle su posición encendiendo un

cigarrillo, Ophelia habría hecho cualquier comentario. Cualquiera, y él lo habría entendido.

En el momento en que tendía uno de los vasos ya oyó la voz de ella:

—Gracias. Te ofrecería un cigarrillo, pero tengo entendido que fumar sin ver el humo no es nada agradable.

—De todos modos, me gustaría fumar —dijo Adam.

—Muy bien, siéntate ante mí: fumemos y charlemos.

Mensaje recibido: frente a Ophelia había un sillón. Adam se sentó. Oyó el chasquido del encendedor otra vez, esperó dos segundos, y tendió la mano libre. El cigarrillo fue puesto en el acto entre sus dedos.

—Los muchachos y yo vamos a dar una vuelta por ahí fuera —dijo jefe—. Hasta luego. Adam Lockman los oyó salir a los tres. Luego oyó la puerta del chalé al abrirse y cerrarse. Todo quedó de nuevo en silencio, hasta que Ophelia dijo:

—Es agradable dar un paseo por un bosquecillo de pinos; ¿no te parece?

—De modo que estamos rodeados de pinos —sonrió Adam.

—¿No lo habías comprendido por el olor?

—Bueno, no había reflexionado sobre ello, simplemente.

—Pues has hecho mal. En tus condiciones tienes que fijarte en todo y reflexionar sobre todo cuanto ocurra a tu alrededor. No es una agradable experiencia la ceguera, ¿verdad?

—¿Cómo puedes saberlo?

—Pasé por ello en cierta ocasión —murmuró Ophelia—, Por fortuna, todo terminó bien, pero no lo he olvidado. Fue una experiencia... positiva.

—¿Has sido elegida para acompañarme por eso? ¿Porque estuviste ciega en una ocasión?

—Así es. Bueno, también tengo otras cualidades.

—¿Eres bonita?

—Regular. De todos modos creo que hay cualidades más interesantes que la belleza.

—De esas otras cualidades tengo la impresión de que estás bien equipada. Pero, Ophelia, ¿te lo han dicho *todo*? ¿Lo que tenemos que hacer?

—Tender una trampa a K mientras nos dirigimos a Barcelona para que te operen en la clínica Barraquer. Y en esa trampa tú eres el cebo.

—¿Y tú no?

—No se molestarán para matarme a mí. El simple hecho de atacarme delataría su presencia en el barco, y eso no les interesa. De modo que irán directos a por ti lo más discretamente posible. Y yo no corro peligro salvo en dos circunstancias. Una, que esté junto a ti cuando decidan atacarte. Dos, que si consiguen matarte me ponga pesada

buscándolos. Pero por poco listo que sea el señor K no te atacará cuando yo esté presente, pues si fallara en su intento de matarte, y yo lo llegara a ver, entonces sí que estaría perdido. En cuanto a lo de buscarlos después de que hubieran conseguido matarte, es de suponer que no me sería fácil: ya tendrían las cosas bien preparadas para ocultarse. Pero todavía queda algo más, que es lo que probablemente sucederá: no te atacarán. Tal vez, porque no se hayan enterado de tu viaje en el *Atlantic King*, o tal vez porque confíen en que no recuperes la vista, con lo que seguirás sin representar peligro alguno para el señor K. En cambio, si en Barcelona te operasen con éxito... Ah, entonces sí que K no tendría más remedio que ponerse manos a la obra de eliminarte.

—Entonces, tú crees que toda esta trampa que se me ha ocurrido para que K se acerque a mí no va a servir de nada.

—No sé. En cualquier caso, nada perdemos probando. Y lo positivo es que vamos a Barcelona para que te operen.

—Por muchas vueltas que le des al asunto tú vas a correr un gran riesgo, Ophelia. ¿Por qué has aceptado? Podía haberme acompañado un hombre, uno de los nuestros, pensándolo bien.

—Todo es más normal si te acompaña una mujer. ¿A qué viene todo esto ahora? Ya está decidido, ¿no?

—¿Sabes? —sonrió de pronto Lockman—, Me recuerdas un poco a los famosos *kamikaze* japoneses, que se lanzaban deliberadamente a la muerte.

—De eso nada, compañero —aseguró Ophelia Parker—, Te aseguro que lo que menos me gustaría es morir.

—¿Ni siquiera lo deseaste cuando estuviste ciega?

—Claro que no.

Adam Lockman permaneció en silencio no menos de un par de minutos. Por fin, suspiró hondamente, y dijo:

—Siempre fui un buen agente de acción, aunque actuase dentro de los Estados Unidos. Exponiendo las cosas objetivamente puedo decir que soy... o he sido dinámico, valiente, siempre dispuesto a todo, y he conseguido bastantes éxitos. No soy un tipo fácil de tratar, y todavía menos fácil hacerme la puñeta, pues tengo mal genio y he roto más de una docena de caras, y hasta me he cargado a algunos tipos. Soy el agente de acción por excelencia, Ophelia. Y mírame ahora: convertido en un guiñapo y en vísperas de estar a merced de una mujer, aunque sea tan amable e inteligente como tú. No podré hacer nada durante el viaje, no podré ayudarte si nos atacan, seré... como un molesto muñequito al que hay que llevar a Barcelona. ¿Te parece que un hombre como yo puede aceptar todo esto tranquilamente?

—Cada cual hace lo que puede —murmuró Ophelia.

—¡Pero es que yo no podré hacer NADA!

—Bueno, lo hiciste antes. Así que ahora mereces lo mejor.

—Quiero que me prometas una cosa, Ophelia —susurró Lockman—. Acepto ponerme en tus manos, me resigno a depender de una mujer como tú. Pero si en determinado momento del viaje tu dedicación a mí representase el más pequeño riesgo de que te matasen, te pondrás a salvo y me dejarás a mi suerte. ¿Me lo prometes?

—Claro que no.

—¡Tienes que darme esa oportunidad de salvar mi dignidad!

—Ya la has salvado. Adam, el valor no se demuestra sólo llevando a cabo acciones o misiones importantes y peligrosas como has estado haciendo hasta ahora. Hay otras clases de valor, y tú las tienes. De modo que deja que yo también demuestre mis clases de valor, ¿de acuerdo? ¡No seas egoísta!

—¿Egoísta? —se pasmó Adam Lockman—, ¿Egoísta yo?

—Quieres salvar tu dignidad a costa de la mía, ¿no es así? Porque si llegado un mal momento te dejo solo, dime... ¿qué clase de persona sería yo? No me gusta utilizar esta palabra, pero te diré lo que sería: una simple, pestilente y grandiosa mierda. ¿Sí o no?

—No lo había pensado de ese modo...

—Pues piénsalo. De todos modos, no nos preocupemos por anticipado: me sorprendería mucho que nuestro señor K fuese tan absurdamente tonto como para atacarte. Aunque se haya enterado de tu viaje lo menos que puede pensar es que no viajas acompañado solamente por una enfermera, sino que el barco estará lleno de agentes de la CIA.

—O sea, ¿qué nada va a servirnos de nada?

—Recuperarás la vista en Barcelona. ¿Y quién sabe? Quizá el señor K no sea todo lo listo que le convendría.

—Bien... En todo caso, siempre es agradable un viaje por mar, aunque no pueda verlo.

—Pero podrás sentirlo, olerlo y oírlo.... y eso no es poco. Significa, cuando menos, que estás vivo. ¿Me sirves un dedito más de whisky?

—Encantado —sonrió súbitamente Adam Lockman.

CAPITULO III

El *Atlantic King* zarpó de Nueva York rumbo a El Havre en la fecha y hora previstas. Una hora antes, muy «discretamente», Adam Lockman y Ophelia Parker habían abordado el magnífico trasatlántico, uno de cuyos empleados indicó a la pareja la ubicación de su camarote, el 306, en la cubierta de primera clase, y un mozo les acompañó acto seguido portando su equipaje.

Ajenos al ajetreo y bullicio de las despedidas y al toque de las sirenas, el señor Lockman y la señorita Parker permanecieron en su camarote doble, cerrada la puerta con llave. Ophelia se dedicó a colocar las cosas de ambos en los armarios, inescrutable más que nunca su rostro. Unos lentes de sol de tono muy oscuro ocultaban sus ojos, y la amplia montura ocultaba en parte la cicatriz que se deslizaba por un lado de la frente hasta encima de la ceja.

—¿Dónde piensas ocultar las armas? —preguntó de pronto Adam.

—La mía es muy pequeña, es fácil de ocultar en cualquier sitio. El problema será tu automática.

—¿No estaría bien entre el asiento y el respaldo de esta butaca?

—Demasiado fácil. Adam.

—¿Cómo es el camarote?

—Tiene cinco metros por tres, hay dos literas y un sofá cama... ¿Te lo explico contemplando desde la puerta?

—Sí, por favor.

—Bien. La puerta. A la derecha, un metro de tabique, y luego la puerta del cuarto de baño. Otro metro más allá, el ángulo del cuarto de baño. Un cuadro en un trozo de pared de un metro; sigue esa pared tres metros, hasta la pared de enfrente de la puerta, que es el casco del barco...

—¿Tenemos portilla con vistas al mar?

—Exacto. Ahora está cerrada. Como te decía, una pared de tres metros, en la que está el sofá cama. Frente a él, a medio metro aproximadamente, una mesita de cristal, de unos sesenta centímetros de altura, en la que hay un cenicero, un jarrón de cerámica con flores de tela muy bonitas. En el ángulo que sigue al sofá, una lámpara de pie con soporte alrededor, donde hay otro cenicero y una revista. Sigue la pared en la que está el ojo de buey. Giramos hacia la izquierda. Un tabique recto y liso que llega hasta la puerta. En el ángulo, una butaca. Luego dos literas, una encima de la otra. Otra butaca, en la que estás sentado tú. Un metro y medio de tabique y llegamos ya a la puerta. Hay una lamparita para leer en la cabecera de cada litera. Y por último, entre los pies de las literas y la butaca dónde estás ahora una mesita con el teléfono. ¿Te explico el cuarto de baño?

—No. Luego lo examinaré yo mismo. ¿Cómo es la mesita del teléfono?

¿También de cristal?

—No. De madera forrada de fórmica.

—Fórmica. Es horrible.

—Es un camarote agradable de primera clase. No es de lujo, recuerda.

—¿Hay cortinas en alguna parte?

—Sólo ante el ojo de buey. Oh, lo había pasado por alto. Detrás del sofá cama, en el tabique, otro cuadro representando un puerto... Creo que es una vista del puerto de Hamburgo. No me gusta.

—¿Has estado en Hamburgo?

—Sí.

—¿Dónde más has estado?

Hubo unos segundos de silencio.

—En muchos sitios.

—Ya. Bien, parece que el sitio más adecuado para esconder la pistola es en la parte inferior de la mesita del teléfono, ¿no? O eso, o bajo una de las colchonetas de las literas. La tendría más a mano en el sofá, pero sería demasiado visto, demasiado fácil también. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. A menos que elijamos el cuarto de baño, lo que sería bastante complicado en un momento de apuro.

—Sin duda. ¿Qué representa el otro cuadro? El que está en el tabique lateral del cuarto de baño.

—Es un cuadro de flores.

—¿Qué flores?

—Rosas, buganvillas, crisantemos y orquídeas.

—Cielos.

Ophelia rió quedamente, y Adam sonrió. La oía moverse por el camarote. También, en el pasillo, afuera, oía voces y paso de gente. Seguramente, en condiciones normales no habría reparado en ello. Antes oía las cosas, pero no les prestaba atención a todas, no las asimilaba. Ahora lo oía todo. Oyó una risa de mujer. Luego un carraspeo masculino. Supo que por delante de la puerta de su camarote pasaba alguien que cojeaba ligeramente. A través del tabique que tenía a su espalda oyó un rumor de voces. Un hombre y una mujer.

—¿A quiénes tenemos de vecinos detrás mío? —preguntó.

—Señor y señora William Harper. Un matrimonio de unos sesenta años. Él es corredor de Bolsa, trabaja en Nueva York. Tienen dos hijos y tres nietos. Van a hacer un viaje por Europa.

—¿Segunda luna de miel? —sonrió Adam.

—Treinta años de casados. No pudieron celebrar las bodas de plata porque en esas fechas las cosas no le iban demasiado bien al señor Harper. Ahora ha prosperado mucho, por fin.

—Treinta años de casados... No está mal.

—Hay quien lleva más. Las personas que ocupan el camarote de la pared de detrás del sofá son dos hermanas solteras, de Springfield, Illinois. Un hermano suyo está casado en París, y las ha invitado allá a pasar las semanas del otoño. Están muy entusiasmadas con este viaje.

—Tal vez encuentren marido en París.

—Todo es posible en París —rió Ophelia—, pero sin ánimo de ser cruel creo que los parisinos tienen donde elegir mejor. La menor de ellas ha cumplido ya los cincuenta años.

—Vaya... Estamos rodeados por gente de cierta edad. Se diría que eso es tranquilizador. Al menos no tendremos... jaleos nocturnos que nos impidan dormir. ¿A quién tenemos enfrente?

—Camarote 303, un abogado de Boston, soltero, cuarenta años, viaje de placer, aunque tiene intenciones de realizar un acuerdo con una firma de abogados de París y otra de Londres; se llama Waldo Loriman. Camarote 305, justo enfrente del nuestro, un joven matrimonio de New Jersey, señor y señora Robert Seldon; ella pinta cuadros, y él es jugador de baloncesto; va a París a integrarse a un equipo que lo ha contratado en magníficas condiciones. El muchacho mide metro noventa y siete.

—¡Caray!

—Camarote 307, un chino de unos cincuenta años...

—¡Un chino!

—Mide metro cincuenta y seis —rió Ophelia—, y es bastante grueso. Trabaja de cocinero en París, y ha estado de vacaciones en Nueva York, donde tiene familia, también vinculada a la hostelería, en Chinatown. Su nombre es Wo Ling.

—Parece que nuestros compañeros han trabajado bien. De todos modos, esas personas no estarán siempre en sus camarotes, así que en su ausencia alguien podría colocar una formidable bomba en el tabique, y hacernos picadillo a nosotros. Y por supuesto, pueden instalar equipos de escucha ahí al lado, a derecha e izquierda, y oírnos a nosotros incluso a través de los tabiques.

—Sí, pueden hacerlo, pero es demasiado complicado. ¿Para qué? Sólo se trata de matarte, Adam.

—Es verdad; sólo se trata de matarme. Bien.... tenemos por delante casi seis días de navegación. Espero que no te aburras demasiado en mi compañía. ¿Se te ocurre algo para entretenernos?

—Podríamos jugar al ajedrez.

Pareció que Adam Lockman no había escuchado la sugerencia. Pero sí la había escuchado, y ahora estaba pensando. ¿Jugar al ajedrez sin ver el tablero? Peregrina idea. Sin embargo, llevaba casi tres días en compañía de Ophelia Parker, y si algo había aprendido respecto a ella era que nunca hablaba por hablar, y que su inteligencia ni mucho menos estaba dentro de lo corriente. Ni su carácter.

En ocasiones, Adam pensaba que Ophelia Parker era una mujer fría e inalterable, que estaba haciendo posiblemente el trabajo más peligroso de su vida, y que se concentraba exclusivamente en ello. Sin embargo, de cuando en cuando, muy espaciadamente, percibía en ella un insólito matiz de ternura que le desconcertaba por su contraste con el comportamiento general. En realidad, todo esto había llevado a Adam a formularse cada vez con más insistencia la pregunta siguiente sobre Ophelia Parker: ¿cómo era físicamente? Caminaba con ligereza, pero eso podía ser engañoso. Su voz era juvenil, pero esto también podía ser engañoso. Así que, en conjunto, considerando su comportamiento en los diversos momentos, no sabía qué pensar respecto a su físico. Todo lo que sabía es que era alta, eso sí.

—Tengo algo que pedirte, Ophelia —dijo por fin Adam.

—Muy bien.

—Me gustaría tocarte.

—De acuerdo.

Así, sin más remilgos ni pamplinas. Adam se puso en pie, y se acercó al lugar donde había sonado la voz de Ophelia. Supo cuándo estaba justo delante de ella. Alzó las manos, y tocó su rostro, que fue recorriendo con las yemas de los dedos. Había leído muchas veces que los ciegos podían «ver» con sus manos, pero éste no era su caso, por el momento.

Palpó unas facciones que le parecieron correctas y sólidas, de piel muy suave. La frente era amplia y bien curvada. La boca no era muy grande, y el centro del labio superior se alzaba ligeramente; pensó en la boca de la actriz cinematográfica Kim Novak. La barbilla era fina y firme, y le sugirió un carácter firme, recio. Tenía un hoyuelo en el centro. Otra de las cosas que siempre había oído decir Adam Lockman es que las mujeres que tienen un hoyuelo en la barbilla son hermosas. Sí, era un hoyuelo como el de la también actriz cinematográfica Ava Gardner. El cabello era de tacto sedoso, pero no fino, sino grueso, fuerte, levemente ondulado.

El cuello y los hombros le gustaron. Le gustaron mucho. Eran delicados al tacto, pero bajo la fina piel Adam Lockman percibió un poder muscular oculto poco corriente. Los senos... Sus manos se detuvieron sobre los senos.

—Lo siento —dijo ella, con voz amable—; llevo un relleno, Adam.

—¿Tienes los pechos pequeños?

—Quiero que parezcan más grandes, eso es todo. Digamos que no deseo ofrecer mi verdadera imagen en este viaje. Por eso llevo ropas que me hacen parecer más gruesa de lo que soy. Y llevo el cabello teñido.

—¿De qué color?

—Rubio.

—Es decir, que no eres rubia.

—No. Puedes seguir reconociéndome.

—No... No. Pero dame tus manos.

Ophelia tomó las de él. Adam las palpó, las apretó. Igual que en el cuello y los hombros encontró bajo la tersura de seda una solidez inusual. Los dedos eran finos y esbeltos, las palmas eran largas, las uñas no tenían ni medio centímetro de longitud. Eran unas manos de aspecto bonito, pero *útiles*. Útiles para todo.

—¿Has practicado karate? —murmuró.

—Sí.

—Bien... Bien. Gracias. Ophelia. ¿Por qué al ajedrez?

—Yo iré cantando las jugadas, y será un buen ejercicio mental para ti recordar en todo momento la disposición de las piezas en el tablero.

—Con lo que no tendré demasiado tiempo para pensar en otras cosas.

—Es un recurso como otro cualquiera. Pediré un juego de ajedrez, si te parece bien.

—Sí. Está bien.

* * *

Tres días más tarde la memoria de Adam Lockman estaba comenzando a experimentar los beneficios del esfuerzo a que era sometida. Las partidas comenzaban a tener sentido y lógica. Apenas cometía un error por hora de juego. Ophelia le había sugerido que no se sentara tan tieso, sino más relajado, para que su actitud fuese natural. Encendía cigarrillos con naturalidad, utilizaba sin ayuda todos los servicios del camarote, y había conseguido afeitarse solo sin dejarse pelos aislados. Se desnudaba y se vestía con toda normalidad, y comía (siempre en el camarote) con aceptable soltura. Desde cualquier lugar del camarote llegaba sin vacilar a la mesita del teléfono, y sus dedos encontraban la pistola provista de silenciador en el acto, pegada a la parte inferior del tablero con tiras de esparadrapo. Oía casi perfectamente las conversaciones de sus vecinos de los camarotes de los lados, y nada ocurría afuera, en el pasillo, que su oído no captase...

—Me estoy convirtiendo en una máquina —susurró en determinado momento el ciego espía y contraespía.

—Sé cómo te sientes —dijo Ophelia—, Pero no es malo aprender a utilizar a fondo todos nuestros sentidos.

—Debe haber alguna otra cosa que se pueda hacer, ¿no? Y hace ya tres días que estamos aquí encerrados. Esto no conduce a nada, Ophelia.

—De acuerdo. De todos modos, si algo ha de ocurrir tendrá que ser pronto. Hace un hermoso día. ¿Quieres que subamos a cubierta a tomar el sol?

—Me gustaría.

Media hora más tarde, aparecían ambos en la cubierta. Adam Lockman aspiró hondo al sentir el calor del sol en su rostro y manos. Ophelia le había explicado a dónde irían, así que sabía que estaba en la zona de recreo y bar cerca de la piscina, situada hacia la popa del trasatlántico. Oía risas y chapuzones. La brisa marina era deliciosa. Caminaron con soltura hacia la zona de tumbonas, y se sentaron. Ophelia se quitó los lentes de sol, pero no Adam, que permaneció inmóvil, escuchando la vida a su alrededor.

Nunca había hecho un viaje de placer en barco, siempre había ido de un lado a otro por el medio más rápido, sin disfrutar del viaje. Tampoco ahora estaba disfrutando, pero sí percibía la alegría de la gente a su alrededor, de gente que sí hacía aquel viaje para disfrutar de él. Sentía la sensación de que disponía de antenas que captaban como nunca conversaciones, risas, toses, sonido de vasos y copas. Con el penetrante olor del mar le llegaban otros. ¡Dios, qué bien se estaba allí, qué hermosa podía ser la vida...!

—¿Quieres tomar algo? —propuso Ophelia.

—Bueno. Lo mismo que tomes tú.

—Iré a por un par de martinis. ¿Bien?

—Bien. ¿Me están mirando?

—No de un modo especial, por el momento.

—¿Y a ti?

—Tampoco. ¿Por qué habrían de mirarme?

—Si fueses extraordinariamente bonita te mirarían.

—Pues ya sabes que no lo soy. Vuelvo en seguida.

La oyó alejarse los primeros metros. Luego sus pisadas se confundieron con el resto de ruidos, se integraron en ellos. Adam se acomodó en la tumbona, pero lo pensó mejor, la colocó para sentarse, y después, con toda naturalidad, encendió un cigarrillo. Estaba a punto de guardarse el encendedor cuando oyó la voz femenina a su derecha.

—Perdone... ¿Me da fuego?

Adam Lockman no titubeó ni un instante. Giró, accionó el encendedor, y lo acercó al lugar de donde procedía la voz. Estuvo así tres o cuatro segundos. Luego retiró la mano soltando el resorte de encendido, y se guardó el encendedor.

—Gracias —dijo la voz femenina—. ¿No le gusta nadar?

—Me gusta mucho —dijo sosegadamente Adam—, A decir verdad, soy un excelente nadador. He practicado mucho la pesca submarina.

—¿De veras? ¡Tengo entendido que es apasionante! Siempre me digo que tengo que hacerlo, pero no sé, cuando llega el momento de meterse bajo unos cuantos metros de agua...

—No hay cuidado, si antes uno se ha preparado bien, naturalmente.

—Supongo que sí. Es extraño que no le haya visto antes por aquí. ¡Me paso casi todo el viaje junto a la piscina! —sonó la risa femenina.

—He estado un poco indispuerto —murmuró Adam, imaginándose a una espléndida muchacha en bikini junto a él.

—Ah... Lo siento de veras. Soy Aimé Lertier.

—Adam Lockman —se presentó éste tras brevísimo titubeo—, ¿Francesa?

—Oh, sí. ¡Sí, claro! —volvió a reír.

—Habla muy bien el inglés. Apenas se le nota acento.

—He estado algunos años en Estados Unidos. Y en Australia. Y en las Hawái... ¿Conoce las Hawái?

—He estado allí de pasada unas cuantas veces.

—¿De pasada? —la muchacha, evidentemente, estaba pasmada—. ¿De pasada en las Hawái?

—Los negocios no siempre permiten escalas prolongadas.

—Entiendo. Bueno, al parecer esta vez no está en viaje de negocios. Es bueno descansar de cuando en cuando. Yo me tomo un mes de vacaciones cada seis, pero hace casi cinco años que no he vuelto por París... ¡Francamente, la echo mucho de menos!

¿Conoce París, señor Lockman?

—Sí, bastante bien.

—¿Va de vacaciones a París?

—En parte.

Hubo unos segundos de silencio. Luego Aimé Lertier dijo:

—Me parece que le estoy perturbando en su descanso. No ha sido mi intención...

—No me está molestando en absoluto, señorita Lertier. Al contrario, es muy agradable conversar con usted. Debe tener una profesión interesante.

—¿Interesante? Oh, Dios mío, usted sí que es divertido, señor Lockman. Soy diseñadora de recipientes para perfumes. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Me temo que no muy bien.

—Bueno, mis jefes me dicen el nombre del nuevo perfume que van a lanzar al mercado, y yo tengo que buscarle un frasco adecuado, con una forma sugestiva, diferente a las demás que hay en circulación, y que se adapte al nombre del perfume; o de la lavanda, loción, masaje..., ¡lo que sea!

—Cuando menos debe ser entretenido.

—¿Entretenido? ¡A veces me sale humo de la cabeza de tanto pensar! Usted no sabe lo que es eso, señor Lockman, estar siempre buscando formas nuevas, que resulten atractivas, que se adapten al producto... ¡A veces creo que voy a volverme loca!

—Pero no le debe ir mal, cuando le permite viajar tanto.

—No he dicho que me vaya mal. Eso no. Además, en su mayor parte los gastos de mis viajes los paga la empresa. Comprenderá que el mejor modo de adquirir ideas es viajar por este hermoso y ancho mundo nuestro. Por ejemplo, si me piden un recipiente para un perfume que va a llamarse Singapur..., ¿dónde encontraré mejores ideas que en Singapur?

—Supongo que en ninguna otra parte —casi sonrió Adam.

Supo que ella iba a decir algo, pero quedó muda. Pasaron unos segundos en silencio que desconcertaron a Adam. Por fin, la señorita Lertier dijo:

—Supongo que debe ser usted el Lockman que llaman por teléfono.

—¿Me llaman por teléfono? ¿Cómo lo sabe? De nuevo unos segundos de silencio. Luego:

—Acaba de pasar por delante de nosotros un botones con una pancarta con su nombre, señor Lockman. Es lo que suelen hacer cuando llaman por teléfono a alguien que no se halla en su camarote.

—Sí... Claro. Bien... Espero que la llamada no sea importante.

El silencio se prolongó más esta vez. Por fin, Aimé Lertier dijo, con voz notablemente tensa:

—Lo siento... Lo siento de veras, señor Lockman. No podía imaginar... ¡Dios mío, qué torpe soy! ¿Quiere..., quiere que le acompañe al mostrador del bar? El teléfono está allí. Lamento mucho...

De nuevo quedó en silencio Aimé Lertier. Casi en seguida, Adam percibió la presencia de Ophelia Parker. Oyó su voz:

—He dejado los martinis en la barra, Adam. Te llaman por teléfono.

—Sí... Lo sé. Vamos allá. Gracias por la conversación, señorita Lertier.

—Ha sido un placer para mí —casi tartamudeó la desconocida.

Adam se puso en pie, se agarró del brazo de Ophelia, y caminó en su espantosa oscuridad hacia la barra del bar, bajo un hermoso sol que parecía reventar en risas.

CAPITULO IV

El auricular fue colocado en su mano por Ophelia, y Adam lo colocó pegado a su oreja derecha.

—Soy Lockman. ¿Diga?

—Señor Lockman —susurró una voz en inglés, con leve acento extranjero que no supo definir—, ¿Sabe usted desactivar un mecanismo de relojería conectado a una bomba?

—Sí, pero no estoy en condiciones de hacerlo.

—Claro. ¿Sabría hacerlo su compañera de la CIA?

—No es tal. Es una enfermera. No creo que sepa.

—En ese caso, señor Lockman, le sugiero que cuando regrese a su camarote no cierre completamente la puerta. Si lo hace sin haber desactivado ese mecanismo la carga explotará.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

Clic, sonó el auricular del desconocido al ser colgado. Adam colgó a su vez, y preguntó:

—¿Dónde está mi martini?

Se encontró el vaso en la mano. Oyó a Ophelia preguntándole al camarero si sabía de dónde habían llamado al señor Lockman. El camarero dijo que no, pero que podía enterarse llamando a la centralita, a lo que Ophelia respondió que se lo agradecería mucho. Un minuto después, sabían que la llamada se había producido desde el bar de la clase de lujo.

—¿Te importa quedarte solo unos minutos?

—No.

Ophelia se alejó. Adam quedó ante el mostrador, con el vaso en la mano. A su espalda estaba la piscina. Comenzó a tener la sensación de que su espalda era ancha, amplísima, enorme. Un blanco imposible de fallar. No sabía cómo era exactamente aquella parte del barco, cómo estaba dispuesto todo. Pero con seguridad podían dispararle desde muchos sitios. Se imaginó esto, y movió la cabeza. No, no le dispararían. No lo harían así, ocasionando un escándalo a casi tres días de navegación de El Havre. Consecuentemente, tampoco lo iban a matar colocando una bomba en su camarote, lo que todavía resultaría más aparatoso.

¿Y la chica del bikini? Bueno, ni siquiera podía estar seguro de esto. Debía ser bonita. Posiblemente, más que Ophelia. En su mente aparecieron imágenes de chicas con bikini. Una hermosa playa, un sol radiante, las aguas del Atlántico refulgiendo coronadas por la espuma nívea. Se había enamorado un par de veces, y en ambas ocasiones había convivido unas cuantas semanas con la muchacha en cuestión. Al principio era delicioso, pero en cuanto el sexo comenzaba a

serenarse, las encontraba tontas. Bien, era injusto con aquellas muchachas, desde luego. No es que fuesen tontas, es que, simplemente, no veían las cosas en profundidad, como él. Superficiales. Sí, ésta debía ser la palabra. Pero a fin de cuentas la vida no debe ser tomada como un drama, sino gozarla plenamente. Ahora se daba cuenta de que no había estado haciéndolo así. ¡A buena hora!

Supo que Ophelia acababa de sentarse en un taburete junto a él. Era curioso: ya ni siquiera necesitaba oírla. *Sabía* que ella estaba cerca de él, eso era todo.

—¿Tú te tomas la vida como un drama, Ophelia? —preguntó.

—No, ¿qué tontería!

—Sí, es una tontería. ¿Quién me llamó?

—Un hombre de unos cuarenta y cinco años, como de metro ochenta, con bastantes canas en las sienes, atractivo. ¿Conoces a alguien así?

—Conozco a varios hombres con ese aspecto cinematográfico —hizo una mueca Adam—, pero quien me llamó no era ninguno de ellos. Dijo que era un amigo. Y por lo que me dijo, debe serlo.

—¿Qué te dijo?

Adam lo explicó, breve y exactamente, casi palabra por palabra. Los dos permanecieron en silencio unos minutos, tomando apaciblemente sus martinis. De pronto, Adam preguntó:

—¿Sigue ahí la chica del bikini?

—Sí. Te mira con frecuencia. Se ha impresionado mucho, al parecer.

—¿Cómo es?

—Unos veinticuatro años, delgada, bonito cuerpo, muy guapa, pelirroja.

—Vaya por Dios... ¡Un remedio para todos los males!

—No para los míos —rió Ophelia.

—Espero no haberte molestado. ¿Eres celosa?

—Bastante. ¿Quieres que almorcemos en el camarote o en el comedor?

—¿Hay alguna mesa en el comedor en la que dé el sol?

—Hay varias que están junto a la gran cristalera mirador. ¿Quieres que consiga una?

—Te lo agradecería. Me gusta sentir el sol en la cara.

—A mí también.

—¿Buscarás luego al sujeto cinematográfico?

—No me gusta perder el tiempo. Seguramente llevaba peluca y cualquier otro elemento de disfraz. ¿Estás seguro de que no era norteamericano?

—Completamente.

—Entonces, no era K. Lo que significa que K dispone de personal a bordo. Han empezado a jugar.

—¿Y qué esperan que nosotros hagamos?

—Posiblemente, avisar a nuestros compañeros de la CIA para que desactiven esa bomba. Quieren asegurarse de si estamos solos o no. Claro que no hay que desdeñar la posibilidad de que esté interviniendo en la jugada un tercer grupo. ¿Podría ser holandés el hombre que te ha llamado?

Adam Lockman permaneció pensativo unos segundos. Por fin, murmuró:

—Sí, podría serlo. Y sólo digo que *podría*.

—Voy a encargar esa mesa.

Después de almorzar regresaron al camarote. Adam quedó en el pasillo mientras Ophelia abrió la puerta y entraba tranquilamente. La oyó moverse en el interior del camarote. Tardó casi cinco minutos en oír su voz.

—Puedes pasar. Y cierra la puerta.

Adam entró y cerró la puerta. No se produjo ninguna explosión.

—¿Había una bomba? —preguntó.

—Sí. La he desactivado. Desde luego habría hecho explosión al cerrar la puerta. Al abrirla el muelle de contacto se abrió, y si lo hubiéramos presionado se habría puesto en marcha el mecanismo de tiempo. Un minuto solamente. El hilo de conexión pasaba por encima del marco y entraba en el cuarto de baño. La bomba estaba adherida a la puerta, al otro lado, pero la habría reventado como si fuese de papel, y nos habría matado a los dos.

—Entonces, en efecto, tenemos un amigo en el barco.

—Eso parece. Tu pistola sigue en su sitio. No han tocado nada. Simplemente, colocaron la bomba en cuanto salimos de aquí. Y ahora saben que yo sé lo suficiente para ser algo más que una enfermera.

—Bueno, me temo que estamos jugando al gato y al ratón..., y nosotros no somos precisamente el gato. ¿Qué te parece si echamos una siesta?

—Estaba pensando en eso, precisamente.

—Supongo que has tirado la carga explosiva al mar, por la portilla.

—Claro.

Adam Lockman se fue hacia las literas, y subió a la de encima. Oyó el sonido de los zapatos de Ophelia al quitárselos. Luego la oyó tenderse en la litera de abajo. Casi en seguida, captó su respiración regular, perfecta, profunda.

«Dios... Me gustaría verla, me gustaría saber cómo es Ophelia de aspecto; me gustaría verla con los ojos. Es tan fría que no puede ser bonita. No se asusta por nada..., no es normal. Sus facciones parecen hermosas, pero el conjunto debe ser poco agradable. Es demasiado... sólida.»

El juego había comenzado. Ahora, K sabía que estaban solos en el barco, si es que la jugada de la bomba había sido cosa de él. O quizá

no lo creyera. Y si no era uno de los amigos de K... ¿quién era? Porque lo indiscutiblemente cierto era que le había colocado una bomba que podía haberlos matado a los dos.

El sueño le fue venciendo lentamente. Fuera de él todo estaba sumido en la negrura, pero dentro Adam Lockman tenía imágenes luminosas. Se imaginó que él y Ophelia estaban en un barco como aquél, pero que él veía, y la miraba mientras ella se disponía a lanzarse desde el trampolín a la piscina. La veía en lo alto, en bikini... No, mejor en mono-bikini, con los pechos desnudos. Sí, quedaban mejor así. Por supuesto, le otorgó a Ophelia unos pechos preciosos, que parecían henchidos de sol. Ella le miraba y sonreía, se preparaba para el salto, se empujaba elegantemente con las puntas de los pies..., y en lugar de caer a la piscina se elevaba hacia el cielo tras aparecerle de pronto unas preciosas alas angélicas, que batían dulcemente y en silencio. Se elevaba, se elevaba, se elevaba... Iba hacia el sol, y Adam la perdía de vista.

Entonces, todo se hizo oscuro. Todo.

—Adam.

Despertó de pronto, pero sin brusquedad, suavemente. Su nombre todavía vibraba en el aire. Junto a su cabeza percibió la respiración de Ophelia. Ella estaba de pie junto a las literas.

—Sí, dime.

—Voy a salir. Quiero hacer una comprobación. No toques la puerta del camarote para nada.

—¿Vas a dejarme solo?

—Sí. Es necesario. Quiero que tu amigo vuelva a ponerse en contacto contigo. Creo que lo hará, pero no cuando yo pueda escucharlo o verlo. Voy a darte tu pistola. La colocas en la cama escondida, por si acaso... No. voy a dejarte la mía, será mejor así.

—No quiero que vayas desarmada por ahí, Ophelia.

—A mí no va a ocurrirme nada. Recuerda: no toques la puerta del camarote para nada. Y estate atento al teléfono. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las cuatro. Hasta luego.

—Hasta luego.

La oyó dirigirse hacia la puerta, que tardó bastante en cerrar. Debía estar colocando algún sistema de seguridad que él desconocía. Por fin, la puerta se cerró. Adam Lockman tenía en la mano izquierda la pistola de Ophelia. Era tan pequeña que se perdía en su mano, grande y nervuda. Se la pasó a la derecha, y la dejó en la litera, junto a su muslo derecho. Cruzó las manos sobre el vientre, y quedó inmóvil. No oía nada especial. Pero tal vez ella tuviera razón, tal vez su amigo telefónico buscara otro nuevo contacto. Sí, el sujeto cinematográfico buscaba algo, por supuesto. Era verdad que les había salvado la vida,

en el supuesto de que Ophelia no hubiera tenido sus propios medios para saber que alguien había estado en su camarote mientras ellos se hallaban en la piscina. Se imaginó a Ophelia cayendo en una trampa mortal tan burda como la de aquella carga explosiva, y movió la cabeza negativamente.

No. Positivamente, no, no habrían caído en la trampa, ella se habría dado cuenta. Del mismo modo que ahora había colocado algo en la puerta debía tener otras señales para saber si alguien la abría en su ausencia. Ophelia iba preparada para todo. Había estado en Hamburgo. Y en otros muchos sitios. ¿En cuántos sitios?

¿Qué había estado haciendo hasta entonces Ophelia Parker? Debía ser una de esas agentes sorpresa que la CIA se reservaba para ocasiones. Un elemento especial. De cuidado. Alta, sólida, valiente, fuerte, eficaz...

Estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, Ophelia Parker lo haría bien. Estaba segurísimo de ello.

* * *

Ophelia vio a la pelirroja tomando el sol en una de las tumbonas junto a la piscina, leyendo una revista. El sol de la tarde hacía resplandecer el mar. En la piscina había gente tomando el sol y nadando, pero en un ambiente más relajado que por la mañana, pues de momento había pocos niños.

La pelirroja alzó de pronto la mirada, y vio a Ophelia mirándola. Se quedó mirándola a su vez, sin un parpadeo. Ophelia sonrió, y se acercó a ella.

—Hola —saludó amablemente—. ¡Qué hermosa tarde!

—Sí —sonrió Aimé Lertier—, Se está tan bien aquí que prácticamente no me muevo en todo el día.

—Ojalá pudiera yo hacer lo mismo —dijo Ophelia, tras un suspiro—. ¿Le importa que me siente a su lado?

—Claro que no. Me gusta charlar.

—Sí, lo sé. Adam me dijo que es usted muy simpática.

—Dios mío, pero metí la pata de un modo desastroso... ¡No podía imaginarme que fuese ciego!

—No debe preocuparse por ello, señorita Lertier... Lertier, ¿no es así?

—Sí, sí. Ya veo que el señor Lockman le habló de mí.

—Por supuesto. Quedó encantado. Y lo comprendo.

—Me dijo que se había sentido indispuerto los primeros días del viaje. ¿Está enfermo? Quiero decir además de... Bueno...

—A decir verdad —frunció el ceño Ophelia—, se trata de una cuestión psicosomática. El señor Lockman, usted lo habrá observado, es un hombre fuerte y atractivo... Bien, es de esos triunfadores en todo lo que hacen. Para un hombre como él quedarse ciego por culpa de un

estúpido accidente es terriblemente traumático. Su salud es perfecta, pero sus pensamientos lo están enfermando.

—Debe ser terrible...

—Sí —murmuró Ophelia—. Bien, ahora está descansando, y he aprovechado la ocasión para darme un paseo. No pasará nada porque yo respire aire marino una hora, ¿verdad?

—Esperemos que no —sonrió Aimé Lertier—. ¿Es familia de usted?

—No, no. Soy una enfermera especializada. Estuve ciega hace un tiempo, también debido a un accidente, y eso me proporciona una... psicología especial muy apta para acompañar invidentes.

—¿Estuvo usted ciega? ¿Qué le ocurrió?

Ophelia Parker frunció el ceño, bajó la mirada, y quedó pensativa, sombría la expresión. Aimé Lertier aprovechó para estudiarla con más detenimiento. Alta, de senos más bien gruesos, cuerpo grueso, pero no feo, ni mucho menos. El rostro era de facciones un tanto duras, no muy agraciado, ciertamente. Ojos oscuros. Rubia y de ojos oscuros. Lo más bonito de la mujerona eran las manos. No encajaban con aquel cuerpo sólido.

La examinada alzó de pronto la mirada hacia la preciosa Aimé, y sonrió forzosamente.

—Me parece que no me he presentado. Me llamo Ophelia Parker... ¿Qué ocurrió? Tuve un accidente conduciendo un bólido.

—¿Un qué? —se pasmó la linda pelirroja.

—Un bólido de carreras. De cuando en cuando me daba por ahí. Si fuese una chica como usted me haría modelo, o bailarina..., o diseñadora de frascos para perfumes, como usted. Pero mi... carácter está acorde con mi aspecto físico: suelen atraerme las cosas no diré violentas, pero sí recias. Supongo que debo tener algo de hombruno. ¿No le parece?

—Pu... pues... no. Oh, no, no. ¡Claro que no!

—Es usted muy amable, señorita Lertier. Bueno, yo..., en realidad he venido a pedirle un favor. Francamente, he venido aquí en su busca.

—¿Un favor? ¿De qué se trata?

—Verá, hemos hecho ya más de la mitad del viaje, y, francamente, no me he divertido mucho, ¿comprende? Sé que de cuando en cuando se organizan unas partidas de póquer, y me gustaría participar. No diré en las de las noches, pero si alguna tarde usted... distrajera a Adam yo podría echar unas manos.

—¿De verdad le gusta jugar al póquer? ¿Con hombres?

—Con hombres, claro. Las mujeres no saben jugar. Bueno, yo no lo hago mal del todo. Mire, me parecería cruel irme a jugar y dejar a Adam solo en el camarote, pero si él estuviese aquí charlando con usted... Le cayó usted muy bien. Oh, bueno, creo que me estoy precipitando: ¡debe usted viajar acompañada!

—No... No, no. Viajo sola.

—¡Espléndido! Bien, ¿qué me dice?

—Pues no sé —de pronto Aimé se echó a reír—, ¡De acuerdo, lo haré! La verdad es me gustó conversar con el señor Lockman. La cuestión está en saber si yo no le resulté aburrida a él.

—¡Claro que no! Es usted maravillosa, señorita Lertier... ¡No sabe cuánto le agradezco su amabilidad! Por supuesto, entiendo que por las noches tendrá mejores diversiones, así que bastará un par de horas por la tarde... Se lo agradezco mucho. Hasta luego.

Dejando un poco estupefacta a Aimé Lertier por el veloz final de la conversación, no poco brusco, Ophelia Parker se puso en pie, y se alejó, con su recio y fuerte paso de reminiscencias militares. Dejó de ver a Ophelia cuando está penetró en un pasillo..., de modo que no pudo verla apretando el paso.

Y por supuesto, la señorita Lertier no pudo ver el pequeño aparato metálico, adherido a un muslo de Ophelia, que había comenzado hacia unos segundos a emitir unas suaves vibraciones de aviso.

Alguien había abierto la puerta del camarote 306 de primera clase.

CAPITULO V

Adam Lockman oyó abrirse la puerta, pero no preguntó si era Ophelia, porque sabía que no era ella. Lo sabía no sólo por aquel instinto que se le había desarrollado para identificarla, sino porque la puerta no había sido abierta con normalidad, sino tras un breve forcejeo; muy bien realizado, pero forcejeo al fin. Alguien había utilizado una ganzúa, había abierto la puerta, y ahora, tras entrar, la había cerrado. Lockman deslizó la mano hacia su costado derecho, moviendo un poco la cabeza.

—¿Dónde has estado, Ophelia? —preguntó hipócritamente.

Oyó los pasos acercándose. Se detuvieron. Al cada vez más fino oído de Adam llegó un sonido breve, que tardó medio segundo en identificar: tiras de esparadrapo al ser arrancadas. Su visitante había ido directo a la mesita del teléfono, y acababa de apoderarse de su automática.

—¿Qué pasa? —preguntó serenamente Adam—, ¿Qué haces, Ophelia? Ni en un millón de pruebas habría confundido los pasos que se acercaron a las literas con los de Ophelia Parker. La voz sonó cerca de su cabeza, a una altura ligeramente superior a la de Ophelia.

—No soy Ophelia, señor Lockman. Soy su amigo. ¿Me recuerda?

Adam volvió la cabeza como si pudiera ver a su visitante. Pero claro que no podía verlo... De lo cual se aseguró el hombre pasando la mano ante los inexpresivos ojos del hombre de la CIA.

—Sí —murmuró Lockman—. Recuerdo su voz. ¿Quién es usted?

—Ya se lo dije: un amigo. Llámeme Amigo, eso es todo. No vale la pena que nos compliquemos la vida con nombres. ¿Está de acuerdo?

—Sí. De acuerdo. Le estoy muy agradecido, Amigo.

—Eso está bien. ¿Quién desactivó el paquete?

—Lo hizo ella. Ophelia.

—Ah. Es una enfermera poco corriente, ¿no le parece?

—Puedo decírselo a usted: Ophelia no es propiamente una enfermera... Es una compañera de la CIA.

—Eso tiene sentido. ¿Viajan más compañeros de usted en este barco? Vamos, señor Lockman, no debe desconfiar de mí. Si quisiera perjudicarle todo lo que tendría que haber hecho era no llamarle por teléfono a la piscina.

—Eso es cierto —susurró Adam—, No, no hay nadie más de la CIA en este barco. Ophelia y yo viajamos solos. Creíamos que nadie sabría... ¿Cómo sabe usted quién soy? ¿Cómo se ha enterado de mi viaje?

—Se lo voy a explicar, porque espero algo de usted, señor Lockman. Lo espero no sólo contando con su agradecimiento, sino por afinidad profesional. Y porque la CIA nos debe algo a nosotros, los holandeses.

—De modo que es usted holandés, tal como me pareció...

—Tiene usted buen oído. Sí, soy holandés. Así que usted ya sabe de qué vamos a hablar, ¿no es cierto? Usted me debe algo a mí, y la CIA a los holandeses. La CIA, señor Lockman, nos dio unas peregrinas explicaciones sobre lo sucedido a nuestro diplomático Rop Van Dogen, y nosotros no tuvimos más remedio que aceptarlas, de momento. Pero ha pasado mes y medio, y francamente, nos parece demasiado tiempo sin una explicación definitivamente convincente. ¿Me explico?

—Desde luego.

—Bueno, señor Lockman, del mismo modo que supimos que usted había intervenido en aquel asunto supimos que era enviado digamos de un modo... sorprendente a Europa. Y a mí se me designó para... dialogar con usted al respecto de lo que sucedió.

—Usted sabe que no estoy autorizado a dar más explicaciones de las que dieron mis jefes, Amigo —murmuró Adam.

—Señor Lockman, usted estuvo allá, en el lugar de los hechos. ¿Cierto?

—Sí... No voy a negar eso.

—Y debió ver algo, oír algo, saber algo, ¿no?

—Escuche, no puedo alterar las explicaciones de mis superiores, tiene que comprenderlo. En realidad, sólo se trata de que tengan ustedes un poco más de paciencia, y quizá pronto podamos darles una satisfacción completa.

—¿Quizá? ¿Sólo quizá?

—Todo depende de que yo recupere la vista o no.

—Es decir, que si usted no recupera la vista todo quedará como está.

—Me temo que sí.

—¿Y cómo está, señor Lockman? Insisto en que usted debió ver y oír algo. ¿Qué vio? ¿Qué oyó? A Van Dogen lo mataron. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué motivo? Usted debió pasar a la CIA el informe de lo que vio y oyó. ¿Qué vio y qué oyó *exactamente*?

—Usted tiene que comprender: no puedo decírselo.

—Lo que usted vio y oyó debe estar siendo utilizado por la CIA para trabajar en busca de resultados. Sin embargo, parece que no estén consiguiendo nada, que vayan a ciegas de un lado a otro, como usted. Quiero saber si eso es un truco o es verdad.

—¿Un truco? No comprendo.

—Puede que usted viera y oyera algo muy importante, lo suficiente para que la CIA hubiera obtenido ya resultados, pero la CIA, en lugar de utilizar inmediatamente y de modo drástico su información, quizá esté simulando no saber nada, para que la persona que mató a Van Dogen se confíe, prosiga con sus actividades, y cazarlo entonces de lleno en un momento... adecuado, que daría mucho más rendimiento que el simple hecho de ir a detenerlo. ¿Es así, señor Lockman?

El señor Lockman estaba sintiendo en aquel momento un lento y

profundo escalofrío que recorría su espalda. Hacía ya un par de minutos que sabía que el acento de aquel hombre no era holandés, que se había equivocado antes. Y sabía ahora, además, que aquel hombre quería saber qué podía temer exactamente el hombre al que la CIA llamaba K. Esto era lo que quería, Amigo: saber qué sabía la CIA de K, qué podía temer éste, cuánto conocía la CIA de la conversación entre K y Van Dogen. La conclusión era por demás simple...

—Señor Lockman, usted no me está escuchando.

—Sí... Si, le estoy escuchando, pero ya le he dicho que no puedo facilitarle esa información.

—Puede. Nadie mejor que usted, puesto que estuvo allí, fue uno de los protagonistas. Vamos, señor Lockman, no haga que me impaciente. ¿Qué es lo que usted vio y oyó? ¿Qué es, por tanto, lo que *realmente* sabe la CIA?

—No puedo decírselo.

—Se repite usted demasiado. Puede, pero no quiere. Y eso me está irritando mucho. Mire, yo no dudo que muchas cosas dependen de que usted recupere o no la vista, pero mientras tanto la CIA sabe más de lo que parece. ¿Qué es lo que sabe?

—No puedo decírselo. O si lo prefiere, no quiero decírselo.

—Si dispusiéramos de tiempo le aseguro que me lo diría. Pero no tenemos tiempo, pues su enfermera puede volver de un momento a otro, y no quiero complicaciones. De modo que se lo voy a poner claro y definitivo, señor Lockman. O me dice usted lo que quiero saber, o le mato ahora mismo. Tiene cinco segundos para decidirse. Uno, dos...

—Usted no es holandés; es ruso.

—Tres, cuatro, ci...

Adam Lockman, que ya tenía debidamente empuñada la pequeña pistola de Ophelia, movió velozmente el brazo, orientó el arma hacia donde sonaba la voz de Amigo, y apretó el gatillo velocísimamente por tres veces. El arma funcionó a la perfección, perfectamente engrasada, suave, emitiendo unos levísimos chasquidos apagados: plof, plof, plof... Adam oyó los chasquidos de las balas en hueso, y notó en el rostro algunas salpicaduras calientes. Oyó el estruendo de su pistola automática al caer al suelo, y luego, tras un tiempo que le pareció una eternidad, el fuerte impacto de una mole pesada contra el suelo.

Estuvo unos segundos inmóvil, tenso, crispadas las facciones, por las que finalmente se pasó la mano izquierda, retirando salpicaduras de no sabía qué. Debían ser de carne y de hueso, claro... En el suelo, Amigo yacía boca arriba, con dos pequeños orificios en la frente y el ojo izquierdo reventado de modo espantoso. Era de aquí de donde procedían las salpicaduras que habían alcanzado el rostro de Adam Lockman, pero éste no lo sabía.

No sabía nada, salvo una cosa. Amigo estaba muerto, pues de otro modo sería él quien lo estaría en aquel momento.

Muerto y bien muerto. No oía su respiración, no oía nada. Colocó el brazo derecho junto al costado, y se relajó. Estaba aterrado. No de miedo por sí mismo, sino por lo que había hecho. Estaba ciego, y pese a esto había matado a un hombre.

Le pareció horrible. No sólo el hecho de matar, lo que ya en un par de ocasiones anteriores se había visto obligado a hacer, sino al hecho de ser capaz de hacerlo incluso estando ciego. Era horrible que las personas tuviesen esa capacidad destructiva. Y esta, idea, que jamás antes había pasado por su mente, le dejó sumido en hondas y sombrías meditaciones. ¿Se había hipersensibilizado debido a la ceguera? ¿Qué le ocurría?

No tuvo mucho tiempo para reflexionar, pues la puerta se abrió de nuevo muy pronto, y se cerró rápidamente. Esta vez sí, era Ophelia. La oyó caminar y detenerse en el centro del camarote. Comprendió que se había acucillado y que estaba mirando el cadáver de Amigo. Luego la oyó acercarse a él, y oyó rumor de papel o cartulina. Ophelia se detuvo a su lado.

—He matado a un hombre estando ciego. Ophelia —susurró Adam. Hubo unos segundos de silencio. Luego ella dijo:

—Te comprendo. Tengo su documentación de bolsillo. Está a nombre de Van Verlag, holandés.

—Era ruso. Te lo aseguro; era ruso.

—No es el único ruso que viaja en este barco, según he podido comprobar. ¿Qué pasó exactamente?

Adam Lockman lo explicó. Terminó diciendo:

—Parece que sólo podemos llegar a una conclusión: Amigo era amigo de K, y éste lo había utilizado para que se enterase de lo que la CIA sabía de él exactamente, y qué había oído yo en el chalé junto al Potomac. Está asustado, cree que sabemos de él mucho más de lo que parece, y que le estamos dando cuerda larga..., para que se ahorque él y los que con él trabajan en lo que sea.

—Estoy de acuerdo contigo. Ideó lo de la bomba para que Verlag te avisara, le estuvieras agradecido, y confiaras en él creyendo que era holandés. No quería matarte hasta saber qué viste y oíste exactamente y qué le dijiste a la CIA.

—Bien... ¿Qué hará ahora? Por poco listo que sea comprenderá que nos hemos dado cuenta de la jugada, y seguramente no insistirá en querer hacer más averiguaciones. Vendrá directamente a por mí, sin más dilaciones.

—Suponiendo que viaje en este barco.

—¿Crees que no?

—No lo sé —murmuró Ophelia—. Lo que sí sé es que Verlag no estaba

solo. Como te he dicho antes, no era el único ruso a bordo.

—¿Quién más hay?

—Tu simpática conversadora de la piscina.

—Oh, no. ¿Estás segura?

—Completamente. Habla muy bien el inglés, tiene un leve y delicioso acento francés, pero es rusa. Te diré más: es del mismísimo Moscú.

—¿También has estado en Moscú?

—En alguna ocasión.

Adam Lockman quedó silencioso. Ya no le sorprendía nada de Ophelia Parker.

—Voy a salir de nuevo —dijo ella, tras guardar silencio también unos segundos—. Cerraré de nuevo con llave, y esta vez, Adam, si alguien intenta entrar sin dar tres golpecitos en la puerta, dispara sin más consideraciones.

—¿Adónde vas? Tenemos que hacer algo con el cadáver.

—De eso se trata.

Ophelia salió del camarote, dejando de nuevo a Adam Lockman sumido en sus sombríos pensamientos. Recordó las últimas palabras de ella: «De eso se trata.» ¿Qué se le podía ocurrir hacer con un cadáver? No pasaba por la portilla, de modo que no podrían arrojarlo al mar. Sacarlo del camarote sería todo un problema incluso para una persona tan eficaz como Ophelia, sobre todo sin contar con ninguna clase de ayuda... De modo que sólo quedaba un recurso: quedarse con el cadáver. Seguramente cabría debajo de la litera inferior, pero no tardaría en comenzar a oler, así que... Ophelia había ido a buscar algo que solucionase este contratiempo.

Casi quince minutos más tarde oyó los tres golpecitos en la puerta. Ophelia entró y cerró con llave.

—¿Has encontrado algo adecuado? —preguntó Adam.

—Creo que sí. He conseguido algunas grandes bolsas de plástico y una manta de algodón. Espero poder empaquetarlo bien con todo ello. ¿Alguna novedad?

—Sí, una: parece que todavía no estoy vencido, aunque esté ciego.

—Me alegra que por fin lo hayas comprendido, Adam.

Durante otros quince minutos Lockman estuvo oyendo el trabajo de Ophelia. Se la imaginaba envolviendo el cadáver de Amigo primero en la manta, luego en plástico, intentando meterlo en una de las grandes bolsas que reforzaría con las otras. Finalmente, cerraría herméticamente las bolsas de plástico. Y tendría que meterlo bajo la litera inferior.

—Supongo —murmuró—, que las literas están atornilladas al tabique.

—Así es. He conseguido también un destornillador.

—Déjame ayudarte en eso.

Saltó de la litera. Ophelia no se movía ahora. Debía estar mirándolo.

Luego la oyó acercarse, y se encontró con el destornillador en una mano.

—Puedo arreglármelas solo —dijo.

—Estoy segura de eso, Adam.

Este se volvió hacia las literas, y las fue tanteando hasta llegar al extremo con soporte de hierro, en el cual estaban los tornillos, que palpó con las yemas de los dedos, localizando la ranura. Comenzó a trabajar en silencio. Se dio cuenta de que ella había terminado su parte, y que le contemplaba, tal vez impaciente, pues lógicamente ella podía hacer aquella parte con más rapidez. Pero no. Ophelia no estaba impaciente. Simplemente, le miraba, dispuesta a dejarle hacer, a infundirle confianza en sí mismo permitiéndole que se fuera convenciendo de que incluso un ciego podía hacer cosas. Entre ellas, matar a un hombre al que jamás había visto..., y que se disponía a matarlo a él.

Ophelia se cuclillo junto a él.

—Tengo la llave del camarote de Verlag —dijo—. Viaja en la clase de lujo, camarote L.

—No encontrarás nada que nos ayude allá, Ophelia.

—Lo sé. Es decir, lo supongo así, pero nunca se sabe. Creo que en su momento iré a echar un vistazo. Mientras tanto, espero que te agrade la actividad que he conseguido para ti.

—¿Qué tendré que hacer?

—Conversar con Aimé Lertier. Como si tal cosa, Adam. Ella sabrá en cuanto nos vea que nos hemos desembarazado de Verlag de un modo u otro, pero no podrá hacer nada. En cuanto a nosotros, si después de haberle pedido un favor dejase de aprovecharme de su amabilidad, comprendería que sospechamos de ella, así que tendrás que estar con la señorita Lertier conversando como si tal cosa.

—¿No me preguntas si podré hacerlo?

—Sé que podrás.

Adam adivinó la sonrisa de Ophelia.

—Desde luego. ¿Qué has estado hablando con ella?

Ophelia lo explicó, mientras Adam proseguía su labor de retirar tornillos, que iba dejando a un lado. Luego, entre ambos, colocaron el cadáver empaquetado de Van Verlag bajo la litera inferior, y Adam comenzó a realizar la tarea de antes a la inversa, sin que Ophelia le ofreciera su ayuda en esto ni una sola vez.

Cuando todo estuvo hecho, eran casi las cinco y media de la tarde.

—¿Ha quedado bien? —preguntó Adam.

—Perfecto. En cuanto tenga oportunidad cablegrafiaré a París para que algunos compañeros acudan a esperarnos a El Havre y se hagan cargo de esto. No sería agradable que otras personas terminasen por encontrar el cadáver... Las autoridades pronto se lanzarían detrás del

señor Lockman y la señorita Parker. Ellos lo arreglarán todo. Ahora tienes que vestirte en plan deportivo y atractivo. La señorita Lertier nos debe estar esperando.

—Supongo que también sabes cuál es su camarote.

—El 84. Primera clase, como nosotros.

—¿Vas a ir también allá?

—Ya veremos. De momento eres tú quien tiene que ocuparse de la bella señorita Lertier hasta la hora de la cena..., mientras yo juego al póquer con algunos caballeros.

—Bueno, que tengas suerte.

—Gracias —rió Ophelia—. Vuelvo a colocar tu pistola en su sitio. No resultaría nada simpático que la llevaras encima para acudir a la cita con una encantadora jovencita.

—Ophelia —la mano derecha de Adam encontró fácilmente el hombro izquierdo de su acompañante—; ten mucho cuidado. Ya sé que no necesitas mis consejos, pero, por favor, ten cuidado.

—Siempre soy muy cuidadosa.

CAPITULO VI

Cerró cuidadosamente tras ella la puerta del camarote L de la clase de lujo. No era o había sido Verlag el único en saber utilizar una ganzúa, pero además, Ophelia Parker tenía sobre el fallecido falso holandés la ventaja de disponer de la llave.

El camarote L, por supuesto, era más grande que el 306 de primera clase. Tenía dos portillas, que daban a la cubierta de botes, y que en aquel momento estaban ocultas tras las cortinas. La señorita Parker encendió la luz del camarote, y lanzó un primer vistazo apreciativo, que completó examinando con un veloz vistazo el armario. El contenido de éste la ratificó en su convicción de que Van Verlag había viajado solo. Solo en aquel camarote, se entiende. Por lo demás, y aparte de Aimé Lertier, el barco podía estar lleno de agentes rusos..., y hasta, posiblemente, estaba también K, el asesino del holandés Van Dogen.

Interesante triángulo: un holandés, un americano, y agentes rusos... ¿Qué clase de asunto podía unirlos... o desunirlos?

En diez minutos Ophelia Parker se convenció de que no sería en aquel camarote donde encontraría la respuesta. Van Verlag viajaba como súbdito holandés, nada en su equipaje ofrecía ninguna otra clase de pista, y no parecía que en cualquier lugar del camarote pudiese ocultarse algo que valiera la pena realmente. Esto aparte. Van Verlag (¿cuál debía ser su nombre ruso?) debía haber sido un agente eficaz, de cierta categoría..., aunque hubiera cometido el error de confiarse ante un hombre como Adam Lockman sólo porque hubiera requisado su pistola y el agente americano estuviera ciego. Un error que le había costado el más alto precio...

El timbrado del teléfono ocasionó en Ophelia el lógico sobresalto, por lo inesperado. Se volvió vivamente hacia el aparato, y se quedó mirándolo. Inmediatamente, no tuvo más remedio que pensar, siguiendo la línea de la lógica, que alguien estaba llamando a Van Verlag. Pero acto seguido otra idea no menos plausible cruzó por su mente: ¿podía ser Adam, que quería advertirla de que Aimé Lertier, con cualquier pretexto, lo había dejado solo diciendo que sería por unos minutos nada más?

En la duda, y puesto que de ninguna manera pensaba contestar a la llamada, y no por falta de ganas sino porque sabía que no le serviría más que para comprometerse definitivamente, Ophelia se apresuró a abandonar el camarote, por supuesto bien convencida de que lo había dejado todo como lo había encontrado al llegar.

Se asomó al pasillo, no vio a nadie, salió y cerró.

Tenía más de una hora por delante antes de pasar a recoger a Adam en la piscina.

—¡Lo hemos pasado estupendamente! —exclamó Aimé Lertier—, ¿No es así, Adam?

—Desde luego —asintió Lockman—, ¿Cómo te ha ido en el póquer, Ophelia?

—Oh, siempre gano —dijo ella, sentándose dando frente a ambos—. Los hombres no creen que una mujer pueda saber más que ellos. ¡Y menos, en el póquer!

—¿De verdad ha ganado? —rió Aimé—. ¡Pues me alegro! Y no sólo por su economía, sino por el hecho de que haya dado una lección a los presuntuosos hombres. ¡Todos son...! Oh, bueno, excepto Adam, naturalmente.

—Me parece que yo no podría ser muy presuntuoso —sonrió desganadamente el hombre de la CIA—. No en mis circunstancias actuales, al menos.

—¿Lo eras antes? —se interesó Aimé.

—Pues... A decir verdad, un poco. No es que fuese un engreído insoportable, pero supongo que mi actitud hacia las mujeres no era tampoco... simpática, por decirlo de algún modo. No os enfadéis vosotras, pero lo cierto es que la mayoría son un poco tontas.

—Se podría discutir mucho sobre eso —dijo Ophelia—. Y podríamos empezar diciendo que una cosa es ser tonta y otra cosa es comportarse tontamente.

—Sí, estoy de acuerdo con eso, desde luego —dijo Adam.

—Vaya... Espero no haberme comportado yo tontamente, Adam —rió Aimé.

—No. Tampoco hemos descubierto la piedra filosofal, pero he pasado un rato muy agradable. Hasta el punto... Bueno, supongo que no siempre estarás disponible para entretener a un ciego, Aimé.

—Esta noche, no —admitió la muchacha—. Pero no tengo inconveniente en que nos veamos mañana... ¡Dios mío, lo siento! Quiero decir...

—Al decir nos *veamos* —murmuró Adam—, se entiende perfectamente tu intención. De todos modos, queda mejor decir que podemos encontrarnos de nuevo mañana. ¿Realmente no te molesta?

—Claro que no.

—Estamos entreteniendo más de la cuenta a la señorita Lertier —dijo Ophelia—. Ya ha hecho demasiado.

Aimé Lertier protestó, todavía hubo un breve cambio de frases amables, y, finalmente, la diseñadora de frascos para perfumes y similares se despidió. Ophelia ocupó la tumbona dejada vacante, quedando así a la izquierda de Adam Lockman y muy cerca de él, casi tocándolo.

—Todavía queda sol —dijo Adam—, pero empieza a refrescar. Ya no hay nadie nadando en la piscina, ¿verdad?

—Nadie. Supongo que no has sido tú quien ha llamado por teléfono al camarote L.

—No. Ella ha estado todo el tiempo conmigo. ¿Has encontrado algo?

—No.

—Era de esperar. En cuanto a esa llamada telefónica... ¿qué te sugiere? Y no me mires con ese gesto de amable sorpresa interrogativa.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando así? —rió Ophelia.

—Porque empiezo a conocerte muy, muy bien. ¿Qué te sugiere?

—¿Qué te sugiere a ti? —preguntó Ophelia.

—Me sugiere que alguien quiere tener noticias de Van Verlag, pero sin acercarse al ambiente en que éste se mueve, es decir, lógicamente la clase de lujo y la primera clase. Tampoco quiere aparecer por aquí. Y no ha podido comunicarse con Aimé porque ésta debió advertirle que esta tarde estaría conmigo. De modo que, permaneciendo en su ambiente, ha querido saber por qué Van Verlag no ha ido a verlo o le ha llamado para pasarle la información que estaba o está esperando. Todo ello nos lleva a la conclusión de que la persona que ha llamado por teléfono a Van Verlag no está ni en la clase de lujo ni en la primera clase. Así pues, viaja en la clase turista, abajo, donde hay muchos más pasajeros y por tanto puede pasar más desapercibido. En estos momentos debe estar preocupadísimo, esperando noticias, o quizá llamando de nuevo a Van Verlag. Dentro de muy poco, no obstante, será a él a quien llamen por teléfono. Lo hará Aimé, y le dirá que yo he estado todo este tiempo con ella, es decir, que estoy vivo y coleando, y que tú has estado... merodeando por ahí, ya que, naturalmente. Aimé no se ha creído ni por un momento que hayas estado jugando al póquer. Así pues, esa persona impaciente por tener noticias de Verlag sabrá pronto que éste ha tenido un tropiezo, que tú sabes ya quién es, que posiblemente has estado en su camarote, y que no piensas dejar de seguirle la pista a Verlag en sus movimientos anteriores por el barco. La única duda que tendrá nuestro personaje es respecto a si sospechamos o no sospechamos de Aimé Lertier. Y en estas circunstancias... ¿qué puede hacer nuestro personaje?

—Cielo santo, Adam... ¡Si lo que querías era deslumbrarme lo has conseguido plenamente!

—Gracias. Me preguntaba antes qué sería peor: ser ciego o ser tonto. Creo que sería infinitamente peor ser tonto.

—En tu caso no hay ese peligro. ¡Me habría gustado mucho verte en acción antes de esto!

—Ah, querida, eso habría sido todo un espectáculo para ti, te lo garantizo, por muy eficaz que tú seas. No estoy diciendo que fuese

mejor que tú, pero sí que yo no era ningún desgraciado.

—¿Y lo eres ahora?

—Puesto que ya hemos convenido que no soy tonto, te diré que empiezo a pensar en las compensaciones mentales y emocionales que me está proporcionando mi ceguera. Tal vez, y digo sólo tal vez, mi carrera de espía no haya terminado. ¿Crees que podría seguir trabajando en la CIA como analista?

—Serías perfecto en ese cometido. Pero antes veremos qué ocurre en la clínica Barraquer de Barcelona. Y digo *veremos*.

—Me das mucha fuerza moral. Bien, ¿qué crees que puede hacer nuestro personaje..., que por supuesto no es otro que el mismísimo K?

—Depende de si tiene o no más hombres como Van Verlag. Si los tiene, los enviará a matarnos, sin más complicaciones. Si no los tiene, él deberá hacer algo personalmente. O utilizar a Aimé.

—¿Crees que esa encantadora muchacha sería capaz de matarme?

—¿Qué crees tú?

—Que sí —suspiró Adam Lockman—. Pero a mí me disgustaría matar a una mujer, fuese o no fuese rusa. Y por otra parte, ya es hora de forzar a K a moverse de modo más comprometido. No sé si me comprendes. Digamos que cuando a uno le quitan las muletas no tiene más remedio que intentar andar con sus piernas, aunque estén en malas condiciones.

—Me parece —rió Ophelia—, que a Aimé no le haría gracia saber que le has comparado con unas muletas.

—Pues no se lo diremos —sonrió Adam—. Pero eso sí, la vamos a tratar como si fuese unas muletas. ¿Te parece aceptable la idea?

—Sí, pero no para hoy. Mañana veremos..., decidiremos, quiero decir.

—Sí, el verbo ver se utiliza frecuentemente de modo inadecuado. ¿Por qué mañana?

—Porque quizá Aimé Lertier haga algo que nos evite tomar la iniciativa. Y si la toma ella, siempre se comprometerá más.

—De acuerdo —asintió Adam, tras reflexionar unos segundos—. Esperaremos a mañana. Mientras tanto, espero que no te sorprenda saber que tengo un excelente apetito, mas, como quiera que ya no podré sentir el sol en la cara, sugiero que cenemos en nuestro camarote, con dos velitas encarnadas como romántico adorno y con la música ambiental del barco como fondo. ¿Qué te parece?

—A mí, muy bien. ¿Son necesarias las velitas encarnadas?

—Me bastará saber que están allí.

—También sabremos que está Van Verlag.

—Oh, sí —sonrió Adam Lockman—, pero a él no vamos a invitarlo. Y no creo que se moleste por ello.

Eran casi las once de la noche cuando Adam Lockman comenzó a desnudarse para ponerse el pijama. Todavía se olía a cera en el

camarote, prolongando el recuerdo de la velada, increíblemente agradable y sosegada. Era como si nada estuviese ocurriendo, como si aquel viaje fuese de placer. Estaba oyendo a Ophelia haciendo algo con el sofá, oía ruido de ropa...

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy preparando el sofá para dormir en él. No tengo la menor intención de pasar las noches que quedan de viaje sobre el cadáver de Verlag.

Adam asintió. Era natural la actitud de Ophelia, todo tiene un límite. Terminó de desnudarse, y se apartó de la percha donde había dejado cuidadosamente colgadas sus ropas, para dirigirse hacia la litera y ponerse el pijama. Oyó el roce de las zapatillas de Ophelia ante él, y se detuvo.

—¿Qué haces? ¿Me estás contemplando desnudo? Ya me has visto antes.

—Lo que siento —murmuró ella—, es que tú no puedas verme a mí.

Adam iba a contestar cuando Ophelia se abrazó a él, también completamente desnuda. El calor del cuerpo de Ophelia le produjo una sensación gratísima. Ella agarró sus manos y se las colocó sobre sus caderas. Luego Adam sintió las manos de Ophelia en su rostro, que inclinó. Recibió el beso, cálido y profundo, en plena boca, y sintió un estallido tremendo en todo su cuerpo. Mientras se besaban, Adam Lockman fue recorriendo lentamente el cuerpo de Ophelia Parker, ahora sin rellenos ni artificios de ninguna clase. Era esbelto, fuerte, prieto. Sus pechos eran preciosos, turgentes. Todo el cuerpo era como seda cálida, perfecto. Y todavía lo fue más cuando se tendieron en el sofá.

Por la mañana ninguno de los dos mencionó lo sucedido la noche anterior. Era como si nada hubiera sucedido, su comportamiento fue absolutamente natural durante el desayuno. Luego, Ophelia Parker dijo que iba a enviar un cablegrama cifrado, o a intentar la comunicación telefónica con París para avisar a sus compañeros que los estuviesen esperando en El Havre a fin de recibir instrucciones y limpiar el camarote, esto es, llevarse a Van Verlag. No tendrían grandes problemas para ello. Eran la CIA. ¿No?

—Lo mejor será —dijo Ophelia antes de salir—, que tengas la pistola a mano, y por supuesto espero que no te dejes engañar si alguien llama diciendo que es un camarero o algo así. Sea quien sea, no debe entrar. Y si entra, dispara. ¿De acuerdo?

—Yo no sería nadie sin tus consejos —sonrió irónicamente Adam.

—Bueno, no están de más —sonrió también ella—. Cuando regrese, la señal de identificación serán dos golpes, un intervalo, y otros dos golpes.

—Entendida la contraseña del día.

—Celebro que estés de buen humor.

—Tengo motivos, ¿no?

Ophelia no contestó. Segundos después se despidió, y Adam Lockman quedó solo en el camarote. Despegó la pistola de la parte inferior de la mesilla del teléfono, se sentó en el sofá, y se dispuso a esperar. Estaba teniendo experiencias nuevas. Era como si, al dejar de ver, el resto de sus facultades se estuvieran desarrollando y perfeccionando. Por ejemplo, ahora sabía esperar sin hacer nada y sin impacientarse, y pensar con lentitud, sin agobios, de un modo metódico y mucho más frío que antes. Era como si la deficiencia en uno de sus mecanismos estuviese afinando, mejorando todos los demás. Oía, presentía, analizaba, y siempre dentro de un extraño sosiego jamás conocido... La idea de que no se pasaba mal así le hizo sonreír amargamente. Veinte minutos más tarde oyó la contraseña de Ophelia, y está entró y cerró. Fue a sentarse junto a él.

—He conseguido contacto telefónico —dijo—. Nos estarán esperando en El Havre, desde luego, y se encargarán de los asuntos enojosos, de modo que podremos seguir tranquilamente nuestro viaje hacia París y de allí a Barcelona.

—Eso será sí nuestro amigo K no consigue su objetivo.

—Procuraremos que no sea así. De momento, creo que tenemos todo el día por delante, pues no creo que intente nada antes de la noche. Así que se me ha ocurrido una pequeña idea que quiero consultarte.

—¿Consultarme tú a mí? ¡Esta es buena!

—Tú formas parte del juego. Adam. Parte activa.

—Eres formidable.. Bien; ¿qué tengo que hacer?

—Quedarte aquí, como ahora, con las mismas instrucciones, mientras yo me dedico a vigilar a Aimé Lertier. Me parece bastante remoto, francamente, pero quizá ella reciba instrucciones de K para entrevistarse, ya que hay cosas que no pueden decirse por teléfono.

—Eso tiene sentido —asintió Adam—. Y estoy seguro de que Aimé no se dará cuenta de que la vigilas. Está bien. En cuanto a mí, tranquila; si alguien que no da la contraseña entra en el camarote morirá.

—Tengo dos radios de bolsillo —dijo Ophelia—, metidas en sendos paquetes de cigarrillos. Voy a dejarte una, y cada quince minutos oirás la señal de llamada. Si suena tres veces y se detiene, querrá decir que sólo te aviso de que todo va bien. Si sigue sonando, contesta a la quinta señal, no antes, ni esperes que suene más; tendré algo que comunicarte.

—Okay. ¿Y si pasan quince minutos y no me has llamado de ninguna manera?

—Concédete un par de minutos de margen. Si transcurridos esos dos minutos adicionales sigues sin recibir mi llamada, pues... lo mejor será que salgas de este camarote y te escondas en cualquier sitio hasta

que sepas que el barco ha llegado a El Havre.

—¿Y tú estarás muerta?

—Me temo que sí.

—No estás obligada a tanto, Ophelia.

—No lo hago por obligación.

Adam Lockman quedó silencioso. La respuesta de ella no le había sorprendido en absoluto: aquellas cosas no se hacían por obligación, en efecto. Las obligaciones nunca llegan a tanto. Así que... ¿tanto podía amar la espía Ophelia Parker al espía Adam Lockman?

Cinco minutos más tarde, tras un último intercambio de disposiciones, Ophelia

Parker abandonó de nuevo el camarote 306.

CAPITULO VII

Aimé Lertier salió de su camarote, el 84, vestida esta mañana del cuarto día con un precioso conjunto que indicaba que no pensaba permanecer en la zona de la piscina tomando el sol, como los días anteriores. No obstante, sí estuvo en la piscina, mirando a todos lados, con encantadora sonrisa. Otro día espléndido. ¡Qué bien lo pasaba la gente... a veces!

Desde la piscina. Aimé Lertier subió a la cubierta de botes, donde algunos pasajeros estaban jugando al *cricket*. A través de las cristalerías del gimnasio vio a dos parejas jugando pésimamente al ping-pong. Una pareja de muchachas de espléndido aspecto subían al solárium, dispuestas, sin duda, a tomar el sol prácticamente desnudas. Un niño vestido como un cromo se hurgaba en la nariz con un dedo mirando ensimismado a los que jugaban al *cricket*... Todo apacible, todo normal.

Desde aquí, Aimé bajó a la cubierta comercial del trasatlántico, donde estaban las boutiques, floristerías, peluquerías, tiendas de toda clase. Parecía una galería subterránea de cualquier establecimiento comercial de tierra firme. Había un cine, y un pequeño salón en cuya puerta se indicaba que era una cámara para escuchar música en ambiente insonorizado del exterior y dotado de una acústica perfecta...

Aimé compró un libro, y siguió deambulando por la zona comercial del barco. A prudente distancia, y arreglándoselas de modo exquisito y sobre todo admirable para que Aimé no se fijara en ella, Ophelia Parker la seguía, sin perderla de vista. Y finalmente, tuvo suerte. Es decir, una suerte relativa...

Vio a un hombre acercarse a Aimé, y hablarle con toda naturalidad, como si estuviera preguntándole algo. Pero no, no era K, a juzgar por la descripción que de éste había hecho Lockman. Este hombre era más alto, más recio, de rostro agradable, pero un tanto adusto, cejas espesas e hirsutas... Un ruso. Seguramente era un ruso. Otro ruso, Dios.

¿Qué estaba pasando...?

Notó el contacto tras ella, de pronto. Volvió la cabeza al tiempo que intentaba apartarse, pero el hombre que estaba tocándola la sujetó con la mano izquierda, mientras decía, en inglés:

—Tengo una pistola en el bolsillo, señorita Parker. ¿Comprende?

Se quedó mirándolo. Era casi pelirrojo, en cierto modo parecido a Aimé Lertier. Alto y fuerte. Sus ojos claros la miraban con engañosa amabilidad, tras la cual Ophelia vio la firmeza, la determinación más absoluta... Otro ruso.

—Sí —murmuró—. Comprendo.

—Evidentemente, si usted hace algo que me obligue a matarla a la vista de los demás pasajeros me voy a ver en un grave apuro. Pero usted estará muerta, y yo habré cumplido mi cometido. ¿Comprende también esto?

—Desde luego.

—Bien. Casi estamos seguros de que, en efecto, usted y Lockman viajan solos. Absurdo, pero cierto. Aprovechando esta circunstancia, tal vez las cosas no terminen del todo mal para usted. A quien queremos es a Lockman, y eso también lo entiende usted, ¿verdad?

—Sí, también.

—Entonces, usted y yo vamos a caminar como buenos amigos hacia un lugar donde podremos conversar con tranquilidad, sin ser molestados ni escuchados. Le aseguro que no tenemos ni órdenes ni deseos de matarla también a usted. No nos obligue a ello.

Ophelia asintió. Estaba mirando de nuevo a Aimé, que ahora la miraba a ella directamente, con una apenas esbozada sonrisita fría en sus bonitos labios. También el hombre que la había interpelado la miraba, muy atento. Ophelia volvió a mirar a su interlocutor.

—¿Adónde tenemos que ir? —murmuró.

—Es evidente que usted conoce ya la ubicación de Aimé y de Verlag en el barco, así que utilizaremos uno de esos dos camarotes, a fin de no revelarle cuáles son los nuestros. Creo que el mejor será el de Verlag. ¿De acuerdo?

—Sí.

—En ese caso, iremos al de Aimé —sonrió el hombre—. Camine. Tranquila, como si estuviésemos dando un paseo. ¿Habla usted ruso?

—No —negó Ophelia, echando a andar.

—Vaya... Entonces no es usted tan importante como habíamos creído. ¿Dónde está Lockman?

—En nuestro camarote.

—¿Y Verlag?

—También.

—¿También...? Oh, entiendo. Sí, entiendo. Me imagino que Lockman debe estar debidamente preparado para afrontar por sí mismo una situación... de emergencia.

—Todo lo preparado que puede estar un ciego.

El hombre asintió. Ya no hablaron más durante el recorrido hasta el camarote de Aimé. Esta se acercó, abrió la puerta, y entró. Luego lo hizo Ophelia, y detrás de ella los dos hombres. El último cerró la puerta. Él primero se dirigió de nuevo a Ophelia:

—¿Lleva usted algún arma?

—Sí... En el bolso.

El hombre le quitó el bolso, lo abrió, vio la pistolita, y se la metió en un bolsillo, con gesto indiferente. Revolvió un poco el resto del

contenido, y, por supuesto, sólo dedicó atención al paquete de cigarrillos, que mostró en la palma de su mano.

—¿Lockman tiene otra igual? —preguntó.

—Sí. Quedamos en que me avisaría si algo le inquietaba.

—¿Usted no tiene que decirle nada a él?

—¿Por radio? ¿Para qué, si puedo hacerlo al volver al camarote?

El hombre quedó pensativo unos segundos, terminó por asentir, y se quedó también el paquete de cigarrillos que contenía la radio. Se señaló a sí mismo y luego a su compañero.

—A mí puede llamarme Joe, y a él Jim. Supongo que no le importa. Por favor, siéntese en el sofá, señorita Parker.

Ophelia se sentó. Ni por un momento había creído que a ella no tenían intención de matarla, pero un tiroteo en la zona comercial habría tenido como resultado final no sólo la muerte inevitable de ella, sino también, aparte de Joe, Jim, Aimé o alguno de los tres, posiblemente la de otras personas. Indudablemente, Joe y Jim habían jugado con esto y contado con su buen juicio o calidad humanitaria. Ahora, la cosa estaba simplemente mal para la señorita Parker.

—Tal vez sepa usted lo que pretendía Van Verlag cuando hizo contacto con Lockman, señorita Parker —dijo Joe.

—Sí, lo sé. Verlag estuvo hablando con Lockman intentando engañarlo, así que tuvo que decirle cosas que nos hicieron comprender la verdad. Ustedes quieren saber qué y cuánto sabe la CIA *realmente* sobre lo sucedido en el chalé junto al Potomac. De este modo, el hombre que asesinó a Rop Van Dogen podrá tomar una determinación definitiva sobre su futuro.

—Exacto. ¿Qué vio y oyó Lockman?

—Lockman, por lo que yo sé, simplemente vio al asesino de Van Dogen disparando contra éste. Luego, le dispararon a él, y quedó ciego en el acto. Ni siquiera él sabe cómo logró escapar. Y todo lo que dijo fue que había visto al asesino de Van Dogen y que sabía que con él había una mujer —Ophelia miró con gesto interrogante a Aimé, que asintió y sonrió burlonamente—, que era la que le había disparado. Le persiguieron ambos, pero él pudo escapar por el río. Luego, Lockman dictó el rostro del asesino, al que nosotros llamamos K, de Killer. Seis dibujantes tomaron el dictado de su rostro... ¿Se imaginan?

—De modo que tienen seis rostros parecidos, pero diferentes.

—Claro. Y puesto que Lockman no pudo dictar las correcciones, es más que posible que ninguna de las seis fotos robot se parezca a K.

—Eso es muy satisfactorio. ¿Seguro que Lockman no oyó nada de la conversación?

—Seguro.

—Entonces... ¿qué teoría tienen ustedes sobre la personalidad y actividades de... K, como ustedes lo llaman?

—No tenemos ninguna teoría. Es decir, creíamos que podía ser un americano, pero ahora... No sé, supongo que debía ser ruso, como ustedes, y como Van Verlag.

—Ha dicho usted que no sabe ruso. ¿Cómo puede saber que somos rusos?

—Tampoco sé chino —refunfuñó Ophelia—, y sé cuándo alguien habla en chino, lo entienda o no. Tiene un acento característico, ¿no es así? Ustedes también lo tienen.

—Tal vez para un oído muy experto, no para cualquier oído.

—He trabajado en la Central varios años, y he tenido cientos de veces conversaciones grabadas en ruso sonando a mi alrededor, mientras eran analizadas.

—Ah, ya. ¿De modo que es usted analista?

—Sí, desde que fui retirada del servicio activo.

—¿Por qué fue retirada?

—Recibí un golpe en la cabeza que me dejó ciega durante casi un año. Cuando recuperé la vista tras la segunda operación, se consideró imprudente que volviera al servicio activo, y me destinaron en el departamento de Análisis Informativos.

—Eso quiere decir que era usted muy eficaz y bregada, ¿no?

—Sí. Pero últimamente llevaba una vida muy tranquila.

—Lo celebro por usted. ¿Quién mató a Verlag, usted o Lockman?

—Lockman.

—¿Estando ciego?

—Está ciego, sí, pero no paralítico. Y Verlag se confió demasiado.

—Sí, eso puede ocurrir —murmuró sombríamente Joe—. Bien, ¿de modo que todo lo que tienen y saben del asunto son esas seis absurdas fotos robot de K?

—Eso es todo. Si hubiéramos sabido que se trataba de un ruso habríamos tomado otras medidas, pero al creer que se trataba de un americano... Bien, la cosa ya no tiene remedio. Es de suponer que K aprovechó nuestro error para poner tierra y mar de por medio.

—Por supuesto. ¿A qué hora le ha dicho a Lockman que volvería?

—No le he dado hora, pero se entendió que estaría allí para almorzar.

—Deben tener alguna contraseña de identificación al llamar, ¿no?

Ophelia aspiró hondo, y no contestó. Aimé y los dos hombres se quedaron mirándola incrédulamente. Ella captó la mirada, movió la cabeza, y todo su gesto fue de resignación al decir:

—Tres golpes en la puerta antes de abrir.

Se quedaron mirándola los tres. Finalmente, Joe y Jim se alejaron hacia el otro extremo del camarote, y estuvieron susurrando durante un par de minutos en ruso. Luego Jim salió del camarote, y Joe se colocó de nuevo ante la mortificada Ophelia Parker, que había dejado caer la cabeza sobre el pecho.

—¿Quiere fumar? —ofreció Joe.

Ophelia negó con la cabeza. Aimé sí encendió un cigarrillo, y se sentó en una de las butaquitas, quedando un poco más alejada de Ophelia. Aimé no empuñaba arma alguna, y a aquella distancia no tendría tiempo de intervenir si ella aprovechaba la ocasión que había estado esperando..., ahora que ya sabía que K viajaba en el barco. Todo lo que tenía que hacer era saltar sobre Joe, matarlo de un golpe si era necesario, y esperar el regreso de Jim para...

Pero las cosas no siempre salen bien. En el momento en que Ophelia Parker tensaba sus músculos para saltar sobre Joe, éste retrocedió, y fue a sentarse junto a la mesita del teléfono, quedando así a tres metros de Ophelia, y con la pistola en la mano. Demasiada distancia para que Ophelia pudiera salvarla sin darle tiempo al ruso a disparar. La oportunidad, de momento, había pasado...

Joe miró su reloj de pulsera, y dijo:

—No creo que Jim tarde más de quince minutos en volver.

* * *

Ni siquiera necesitaba reloj para saber que habían pasado más de quince minutos. Incluso más de diecisiete. Pero se resistía a admitirlo. ¿La habían matado? ¿Realmente estaba muerta Ophelia? No podía ser. ¡Dios, no!

Adam Lockman se puso en pie, se guardó la pistola en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, y se dirigió hacia la puerta. Salió al pasillo, cerró, y se quedó allí, inmóvil, tras colocarse los lentes oscuros. Apenas había transcurrido un minuto cuando oyó las pisadas acercándose. En el momento en que sonaban frente a él, dijo:

—Por favor, ¿puede ayudarme?

Las pisadas se detuvieron. Hubo un instante de silencio, que el hombre que tenía ante él necesitó para comprender. En seguida dijo:

—Por supuesto, señor. ¿Qué puedo hacer por usted? Soy un camarero.

—Ah. Es usted muy amable. ¿Podría llevarme ante la puerta del camarote 84?

—Lo haré con mucho gusto, señor. Permítame.

El camarero le asió suavemente del brazo izquierdo. Adam Lockman se dejó llevar. Se cruzaron con otras personas, que conversaban despreocupadamente. En alguna parte oyó música. Adam caminaba con cierta rigidez. ¿Qué pasaría si K le veía? Simplemente, estaría perdido. Ophelia había muerto, y él iría a reunirse con ella muy pronto al otro mundo...

—Hemos llegado, señor —el camarero se detuvo—. Llamaré para...

—No se moleste, gracias. Quiero darle una sorpresa.

—Comprendo, señor. ¿Necesita algo más?

—No, no, gracias. ¿Estoy ante la puerta del camarote?

—Delante mismo.

Adam asintió. El camarero se alejó. Estuvo oyendo sus pisadas, hasta que se perdieron a excesiva distancia. Luego pasaron dos personas más, que seguramente se fijaron en él, mientras simulaba que buscaba la llave en los bolsillos. Las pisadas de las dos personas también dejaron de oírse. El cada vez más aguzado oído de Adam estaba atento a todo. Dentro del camarote oyó el ruido de una voz masculina. ¿Viajaba Aimé acompañada? Esto era inesperado. ¿O se trataba solamente de que tenía visita? ¿Tenía sentido lo que estaba haciendo él? Se preguntó qué otra cosa podía hacer. ¿Esconderse, tal como Ophelia le había indicado, mientras ella yacía muerta en cualquier rincón del barco, como Van Verlag?

Dentro de él había como oleadas de odio que lo estremecían. ¿Se iba a esconder, sin hacer nada contra las personas que habían matado a Ophelia? Se sentía pálido y tenso. Aspiró hondo, sacó la pistola, y llamó con la mano izquierda a la puerta del camarote 84. En seguida oyó el taconeo de los zapatos femeninos, que ciertamente no eran de Ophelia. Era de zapatos de tacón más alto, más agudo. No habría podido jurar que se trataba de Aimé, pero no podía ser otra. Como fuese, resultaba conveniente que fuese ella quien se acercase a abrir, pues si lo hubiera hecho el hombre todo habría resultado aún más difícil. Un hombre que, por supuesto, no era K. Habría identificado la voz de K sin la menor duda, la tenía como grabada en el cerebro. Así que el hombre que estaba con Aimé no era K. pero sí debía ser uno de sus compañeros rusos, que por cierto estaba sentado cerca de la puerta... Ah, sí, en la silla que había junto al teléfono. Los camarotes debían ser todos prácticamente iguales en la primera clase...

Oyó el sonido del pomo de la puerta, el leve rumor del mecanismo. En su rostro percibió como un cambio de atmósfera que le indicó que la puerta había sido abierta, y ante él oyó el respingo. Lockman saltó hacia aquel respingo, chocó con el cuerpo de Aimé, y en seguida pasó tras ella y le pasó el brazo izquierdo por el cuello, colocando la boca del silenciador de su pistola en los riñones de la hermosa pelirroja, pero pensando en el hombre.

—¡Quédese donde está! —ordenó.

Joe había respingado ante la repentina intrusión de Adam en el camarote, y acto seguido se puso en pie de un salto, al parecer sin saber qué hacer con la pistola... En ese momento captó el movimiento de Ophelia Parker, y desvió vivamente la mirada hacia ella.

Apenas tuvo tiempo de empezar a apuntarla con la pistola y Ophelia ya estaba ante él, fuertemente impulsada. Le desvió la mano armada de un manotazo, y su puño derecho impactó con sonoro chasquido en la mandíbula del ruso, que cayó sentado de nuevo en la silla gruñendo sordamente.

Adam Lockman apuntó velozmente su pistola hacia allí y disparó. Oyó el crujido de la bala contra algo sólido, un golpe contra el tabique.... y recibió al mismo tiempo en el costado derecho el tremendo codazo que le aplicó hacia atrás Aimé Lertier. Fue como una brizna de paja golpeando un muro. Adam ni siquiera resopló bajo el tremendo golpe, alzó más la pistola, y la dejó caer sobre la cabeza de Aimé, que sonó de modo escalofriante. Inmediatamente, la muchacha se relajó. Frente a ambos, algo pesado cayó al suelo, y Adam supo que era el cuerpo del ruso.

—Tranquilízate —oyó el susurro de Ophelia.

Adam Lockman habría gritado de alegría, pero quedó inmóvil. Ophelia pasó rápidamente por su lado, y cerró la puerta del camarote. Luego se acercó.

—Deja, yo me encargo de ella —dijo.

Adam aflojó la presa de su brazo, que mantenía a Aimé de pie y pegada a él, desvanecida. Oyó el arrastrar de unos pies, luego el sonido del sofá. El espía ciego permanecía inmóvil. Oyó a Ophelia moverse de un lado a otro del camarote, y de nuevo el arrastrar de unos pies. La puerta del cuarto de baño. Enseguida la puerta del cuarto de baño fue cerrada. Los pasos de Ophelia sonaron de nuevo, y se detuvieron ante él.

—Dios mío —susurró ella—, ¡Estás loco, Adam!

—¿Estás bien? —preguntó él con voz tensa, casi aguda.

—Yo sí. ¡Te dije que te escondieras!

—Creí que te habrían matado.

—Pues ya ves que no. Y me las habría arreglado para salir de ésta. Esto que has hecho ha sido una locura..., pero admirable. Siéntate. Tengo que arreglar un poco todo esto. Le has metido una bala en la boca de Joe, le ha salido por la nuca, y lo ha manchado todo de sangre... Casi ha atravesado el tabique. Tendré que arrancarla.

—¿Quién es Joe?

—Era. Siéntate.

Lo llevó de un brazo hacia una butaca. Adam se sentó. Ophelia recuperó su bolso, metió dentro de éste la pistola y la radio recuperadas del bolsillo de Joe, y buscó algo para arrancar la bala del tabique. Aquello no habría modo de disimularlo, pero al menos tenía que retirar la bala, y que hicieran las cábalas que quisieran sobre aquel agujero en el tabique. Consiguió arrancarla utilizando unas pequeñas tijeras de manicura, mientras explicaba rápidamente a Adam cómo estaban las cosas. Cuando ella terminó, Adam preguntó:

—¿De modo que ese Jim va a volver?

—No tardará mucho.

—¿He matado a Aimé?

—No. Está sin sentido. Creo que lo mejor será que la ate con cualquier

cosa y la meta también en el cuarto de baño. Y esperaremos a nuestro colega ruso tranquilamente. No podemos hacer otra cosa, de momento.

Ophelia ató a Aimé de pies y manos, le colocó una fuerte mordaza, y tras cargársela fácilmente en un hombro la llevó al cuarto de baño. La metió en la bañera, sonrió ceñudamente, y regresó al camarote.

—Le has abierto la cabeza. Está sangrando. Bueno, ¿qué puedo decirte? Después de ver de lo que eres capaz estando ciego me pregunto qué serías capaz de hacer disfrutando de plena visión. Supongo que tal como me dijiste sería todo un espectáculo contemplarte.

—Es decir, que efectivamente K está en el barco.

—No te obsesiones con ello. Y será mejor que estemos callados. Jim volverá muy pronto.

CAPITULO VIII

Jim tardó todavía siete u ocho minutos más. Llegó, llamó a la puerta, ésta fue abierta, y el ruso entró, con toda tranquilidad, abriendo ya la boca para decir algo... Se quedó con la boca abierta, mirando con expresión repentinamente desorbitada a Ophelia Parker, que le apuntaba a la cabeza con su pequeña pistola. Luego miró a Adam, sentado inmóvil, y de nuevo a Aimé. Cerró la boca con gesto hosco, y eso fue todo.

Ophelia cerró la puerta, y se colocó detrás de Jim.

—Saque su pistola con dos dedos, inclínese, y déjela en el suelo.

Jim asintió, con gesto huraño, mientras pensaba que estaba perdido. Y perdido por perdido, decidió jugárselo todo. Podía sacar la pistola, pero no con dos dedos, volverse rápidamente, y... Y recibió un golpe en la cabeza que le produjo la sensación de un trueno que retumbó en todo el cuerpo. Por un instante vio un millón de luces, pero se apagaron enseguida, y todo quedó en la más completa oscuridad para el agente ruso, cuyo cuerpo, como arrugándose, sonó blandamente en el suelo.

—Estoy segura de que tenía ideas poco simpáticas —dijo Ophelia.

Seis o siete minutos más tarde Aimé Lertier recuperó el conocimiento, y pocos segundos después se daba cuenta de que estaba sólidamente atada y metida en una bañera..., y que le dolía de modo horrendo la cabeza. La maciza figura de Ophelia Parker apareció en su campo visual, y se sentó de lado en el borde de la bañera.

—¿Está en condiciones de entenderme, Aimé? —preguntó.

Aimé asintió con la cabeza, y en seguida hizo un gesto de dolor. Ophelia tomó la ducha teléfono, abrió el agua fría, y lanzó el agua hacia el rostro de Aimé, que se agitó. Ophelia cerró el agua, y sonrió.

—Estaba muy fea con esa sangre manchando su lindo rostro. Además, el agua fría suele ir bien para el dolor de cabeza. Y ahora escuche, Aimé..., o como se llame, lo cual no me interesa lo más mínimo. Joe ha muerto, Jim está cerca de mis pies, más o menos en las mismas condiciones que usted y todavía sin sentido. Así pues, su situación es bastante mala. ¿De acuerdo?

Aimé asintió con un simple movimiento de párpados.

—Bien —aprobó Ophelia—. Si usted colabora, todo lo malo que va a ocurrirle será que permanecerá en este camarote bajo mi custodia hasta que lleguemos a El Havre, donde unos compañeros míos se harán cargo de usted, de sus compañeros y de otros detalles. No sé qué decidirán hacer con usted, pero estará viva y bien, dejando aparte ese insignificante golpe en la cabeza. Pero si se niega a colaborar lo va a pasar muy mal. Aimé, y tal vez no sobreviva a mis malos tratos. ¿Me ha entendido?

De nuevo parpadeó Aimé. Ophelia aprobó ahora con un gesto.

—Usted es la mujer que estaba en el chalé junto al Potomac con K, la que disparó contra Adam Lockman. ¿Cierto?

Parpadeo afirmativo.

—Y naturalmente, conoce muy bien a K. ¿Cierto? Pues vamos a hacer una cosa: le voy a quitar la mordaza, me explicará de qué va todo este asunto, y la cosa terminará así para usted. ¿Bien?

Nuevo parpadeo afirmativo. Ophelia retiró la mordaza, esperó a que Aimé respirase con avidez varias veces, y preguntó:

—¿Quién es K y en qué camarote viaja?

Aimé Lertier se mordió los labios, desvió la mirada, y quedó sumida en sombríos pensamientos. Cuando miró de nuevo a Ophelia, que permanecía en un extraño silencio, se estremeció al ver su fría mirada..., y comprendió que de un modo u otro no tendría más remedio que contestar a todo cuanto le preguntase la espía americana.

—Ralph Kramer, camarote 186 de la clase turista.

—Muy bien. *Qué* es Ralph Kramer?

—Es... un subsecretario del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

—Un subsecretario —parpadeó Ophelia—. Bien. Naturalmente, debo entender que Kramer no es más que un traidor que está trabajando para ustedes, para el espionaje ruso.

—Sí..., naturalmente.

—Naturalmente. Es decir, que tienen nada menos que en el Departamento de Defensa un informador de primera clase, que les ha estado facilitando no pocos secretos militares... ¿durante cuánto tiempo?

—Creo que hace más de tres años que trabaja para nosotros.

—Dios, tres años... ¿Todo a cambio de dinero?

—Sí.

—Está bien. Todo eso ya no tiene remedio, y esperemos que los secretos que Kramer les haya facilitado no les hayan servido de gran cosa ni les sirvan en el futuro. Es curioso: Kramer. ¿Se da cuenta? Su apellido empieza con K, igual que el nombre que nosotros le pusimos: K, de Killer. Chocante en verdad. Para que luego digan que no existen las coincidencias en el espionaje. Vamos a hablar ahora de Rop Van Dogen, el holandés que K asesinó en el chalé. ¿Por qué lo mató y qué relación había entre ellos?

Sentado en el camarote, Adam Lockman permanecía inmóvil, escuchando la conversación entre las dos mujeres. Las oía perfectamente, era como si estuvieran sentadas frente a él...

—Van Dogen trabajaba para Kramer —oyó a Aimé.

—¿Trabajaba para él? Entonces, ¿por qué lo mató?

—Porque Van Dogen se había dado cuenta de que Kramer le estaba

mintiendo. Es decir, había analizado algunos detalles que le hicieron sospechar de ello.

—¿En qué le estaba mintiendo Van Dogen a Kramer?

—Kramer le había dicho que era un informador de la CIA, es decir, que trabajaba para los Estados Unidos, lo cual tenía sentido. Pero Van Dogen, que no era ningún tonto, se dio cuenta de que algunas de las informaciones que él le había facilitado a Kramer parecían estar a disposición de nosotros, los rusos. Así que, lógicamente, comenzó a sospechar que Kramer vendía su información a los rusos y no a Estados Unidos.

—Vamos a ver... Van Dogen, que estaba traicionando secretos de su cuerpo diplomático y posiblemente otros más amplios que adquiriría en sus contactos de toda clase, creería que lo hacía en beneficio de Estados Unidos. ¿Lo hacía por simpatía hacia Estados Unidos?

—No. También por dinero.

—De modo que tenemos a un traidor holandés que vende informes a un traidor americano al cual cree agente de la CIA. Pero finalmente, Van Dogen se da cuenta de que sus informaciones a Kramer circulan por los servicios rusos de inteligencia, así que tiene que comprender, o cuando menos sospechar, que igual que él está traicionando a su país por dinero, Kramer está haciendo lo mismo con Estados Unidos facilitando información a Rusia. O tal vez, llevado de una insólita buena fe hacia Kramer cree que no es éste quien vende sus informaciones a los rusos, sino otro personaje de la CIA, de lo cual quiere advertir a Kramer si éste resulta no ser el culpable. Pero, como resulta que Kramer es el traidor a Estados Unidos y el que está engañando a Van Dogen, Kramer comprende que Van Dogen se ha convertido en un peligro para él, y, simplemente, lo mata.

—Sí... Sí.

—Bien. ¿Y usted era el contacto de Kramer en Estados Unidos? ¿Recibía toda la información de él?

—Sí.

—Eso le da a usted cierta categoría, ¿verdad? Nada menos que el contacto de un traidor en el Departamento de Defensa de los Estados Unidos... ¿Y de los diseños de frascos de perfume y similares?

—Esa es mi cobertura.

—Oh. Bueno, sigamos analizando el asunto. El señor Ralph Kramer es un traidor, y a su vez tiene contactos con un traidor holandés, al que finalmente, mata, por propia conveniencia de protección. ¿Debo entender que Kramer mata así su gallinita de los huevos de otro?

—No comprendo lo que quiere decir...

—Me comprende perfectamente —se endureció el tono de la voz de Ophelia—, Una cosa así no se hace solamente con un hombre, y además con un holandés. ¿Qué gran importancia podemos concederle

a Holanda en el concierto del espionaje mundial? Prácticamente, ninguna importancia. Así que, en mi opinión, el señor Van Dogen era solamente una pequeña y poco importante pieza de la maquinaria que ustedes, los rusos, le habían montado a Ralph Kramer. Se lo voy a decir más claramente todavía, colega: Rop Van Dogen era *uno* de los personajes diplomáticos o de cualquier otra clase que le vendía secretos a Kramer creyendo que éste era de la CIA. Tiene que haber más, muchos más, y de países más importantes en este sentido que Holanda. Por ejemplo, el Reino Unido, Alemania, Italia, Japón. China. Francia... En resumen, los rusos, estaban utilizando a Ralph Kramer para que éste montase toda una red de informadores de otros países que creían estar vendiendo sus secretos a Estados Unidos, cuando en realidad iban todos a parar a Rusia. De este modo, si en algún momento la utilización de uno o varios de esos secretos provocaba un incidente comprometedor, todo acusaría a Estados Unidos, y no a Rusia, que recibía la información indirectamente por medio de su especialísimo y formidable agente el señor Ralph Kramer, conocido por nosotros como K. ¿Correcto?

Adam Lockman esperó en vano la respuesta de Aimé Lertier. Pero no era necesaria, él lo sabía, del mismo modo que en todo momento había estado siguiendo la conversación como si fuese él mismo quien estuviese interrogando a Aimé. Era como si sus pensamientos y deducciones y los de Ophelia fuesen idénticos. Sólo que Ophelia llevaba la parte activa porque ella veía y podía controlar la situación, y él no podía hacer nada.

Nada, nada, nada... ¿Nada? ¿Realmente no podía hacer nada?

—Muy bien —oyó de nuevo la voz de Ophelia tras el prolongado silencio—. De modo que así están las cosas. Ahora, quiero que me diga usted quiénes son los traidores de diversos países que, creyendo vender secretos a la CIA por mediación de Kramer, han estado, en realidad, proporcionando una fabulosa información internacional de primera mano a Rusia. ¿Quiénes son?

—No lo sé.

Adam sonrió irónicamente, y se imaginó a Ophelia haciendo lo mismo. Oyó su voz, y por el tono comprendió que así era.

—Vamos, no sea cretina, Aimé. ¿Es usted el contacto de Kramer y no sabe quiénes son los informadores de éste, los que le facilitan secretos de docenas de países? Será mejor que no me haga enfadar, a estas alturas de la conversación.

—Le aseguro que no lo sé. Kramer nunca quiso decirme quiénes eran sus informadores, lo ha mantenido siempre en secreto. En cierta ocasión me dijo que él sería tanto más valioso para nosotros cuanto menos supiéramos quiénes formaban su red de información. Así, él sería el único importante, nosotros no podríamos prescindir de él.

—Entiendo eso. Sí, tiene razón, es muy sensato y astuto por parte de Kramer. Es muy listo, ¿verdad?

—Más de lo que usted se imagina.

—Un listo traidor... Pero nadie es definitivamente listo. Siempre se comete un error.

¿Sabe usted, al menos, qué número de informadores están trabajando para Kramer creyendo que lo hacen para la CIA?

—Son cerca de setenta.

Un fuerte estremecimiento recorrió el cuerpo de Adam

Lockman. ¡Setenta informadores a disposición de K! Setenta podridos traidores de veinte, treinta o cuarenta países trabajando para el servicio secreto ruso dirigidos por un traidor norteamericano... que los estaba engañando. La más fabulosa red del espionaje internacional soviético que pudiera imaginarse. Y sin compromisos.

—Setenta —oyó el susurro de Ophelia—, Formidable. Usted tiene que conocer a alguno, Aimé.

—No... A ninguno. ¡Le estoy diciendo la verdad!

—¿No sabe nada de eso? —preguntaba Ophelia—. ¿Cómo se comunica con ellos, si son todos diplomáticos...? ¿No sabe nada?

—Ya le he dicho que Kramer se aseguró de que valía tanto más para nosotros cuanto menos conociéramos su red que nosotros mismos financiábamos.

—Está bien. Supongo que en estos momentos K está esperando que le comunique que me han matado a mí y a Adam Lockman. Ni siquiera hace falta que se lo preguntemos a su compañero Jim.... que nos está mirando con muy fea expresión. He acertado, ¿no es así, Jim?

Silencio. Entre otras cosas, porque Jim no podía contestar, ya que también estaba amordazado. Adam Lockman oyó las pisadas de Ophelia saliendo del cuarto de baño. Se detuvieron ante él.

—Adam, vas a quedarte aquí con las armas de esos tres. Están muy bien atados, así que no podrán soltarse ni en una semana. De todos modos, voy a cerrar la puerta del cuarto de baño, así que si oyes que se abre comienza a disparar.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó él con voz tensa—. ¿Vas en busca de Kramer?

—Por el momento, no. Voy a enviar un cablegrama cifrado a nuestro receptor en Langley, dándole el nombre de Kramer y encargando un registro sistemático y absolutamente a fondo en su domicilio.

—¿Crees que encontrarán allá la pista de esa red?

—No puede ser de otro modo: ¿no te parece?

—Sí... Supongo que sí. Ya sea en su propia casa, o en una caja en un Banco, o en cualquier sitio seguro, Kramer debe tener los nombres, direcciones y teléfonos de esa gente. Setenta nombres y teléfonos son demasiados para una memoria humana, así que... por fuerza debe

tener un archivo, una libreta, algo con todos esos nombres.

—Exacto. Voy a cifrar el cablegrama para enviarlo cuanto antes.

—Está bien.

La oyó sentarse. Se hizo el silencio. Se imaginó a Ophelia escribiendo las instrucciones de forma tal que sólo su receptor sabría interpretarlas. Para el telegrafista del barco aquel mensaje no tendría nada de particular. Pero para alguien de la Central tendría el significado suficiente como para movilizar un grupo de expertos que registrarían el domicilio de Ralph Kramer de tal modo que encontrarían todo cuanto hubiera en éste. Todo. Así que, sencillamente, el señor K estaba perdido, y con él su red de informadores de muchos países... Países que agradecerían no poco a la CIA la revelación de que tal y tal de sus diplomáticos, o militares, o políticos, habían estado vendiendo información...

Sí, por este lado estaba todo prácticamente resuelto. Pero... ¿qué haría mientras tanto el señor K? ¿Qué haría cuando fuese pasando el tiempo y ninguno de sus compinches rusos le llamara para informarle de que Adam Lockman y Ophelia Parker habían sido eliminados?

¿Qué haría el señor K?

El señor K tendría que comprender que todo estaba perdido para él. Tendría que comprender que Aimé, Joe y Jim habían perdido la partida, y que habían dicho todo lo que sabían. Incluso, que él estaba en el camarote 186 de la clase turista, que se llamaba Ralph Kramer... Todo. Tendría que comprender que, o bien Ophelia iría a por él, o bien, simplemente, sabiendo que él no podía escapar del barco, se limitaría a esperar que éste llegara a El Havre, donde, por supuesto, la CIA estaría esperando al señor K. El señor K tenía que saber que todo estaba perdido para él.

Así que... ¿qué haría el señor K en estas circunstancias?

—Esto ya está —dijo Ophelia—. Voy a cursarlo y vuelvo en seguida.

—Ophelia..., ¿tengo que quedarme aquí? —murmuró Adam.

—Serán sólo unos minutos, y no corres peligro alguno.

—K tiene que haber comprendido ya que algo les ha salido mal a sus amigos rusos.

—Sí, eso es cierto. Pero no importa, Adam; por mucho que se esconda saldrá del barco, y en El Havre le estarán esperando.

—Quizá no se esconda. Quizá venga aquí.

—No se atreverá.

—Quizá lo haga. Y quizá pueda abrir la puerta sin que yo lo oiga. Francamente, no me quedo tranquilo.

Ophelia permaneció en silencio varios segundos, y Adam se la imaginó mirándole entre sorprendida y especulativa.

—Bien —dijo ella por fin—; ¿qué sugieres?

—En realidad, sólo soy un estorbo y una preocupación para ti. Se me ha ocurrido que lo mejor sería quitarme de en medio el resto del viaje, de modo que sólo tuvieras que ocuparte de vigilar a Aimé hasta llegar a El Havre.

—La idea es bastante correcta —dijo lentamente Ophelia—, pero... ¿qué quieres decir con eso de quitarte de en medio?

—Como los muebles inútiles, que se suben al desván. Hay un sitio en este barco en el que K nunca nos buscará ni a ti ni a mí: el camarote L, el de Van Verlag. Ya sabe que Verlag ha muerto, así que nunca se le ocurrirá ir allá para nada. Creo que allá estaré seguro el resto del viaje. ¿Qué te parece?

—Supongo que es así, Adam. ¿Realmente es eso lo que quieres?

—No soy un cobarde, pero temo cometer cualquier error que te perjudique a ti. Los trastos viejos están mejor en el desván.

—Tonterías. Tu comportamiento, considerando que estás ciego, no ha podido ser más admirable. No has cometido ningún error, ni me has perj...

—No puedo soportar más esta tensión —jadeó Adam—, ¡No puedo!
De nuevo unos segundos de silencio. Y otra vez la voz lenta de Ophelia Parker.

—Está bien. Te llevaré al camarote de Verlag, te dejaré allí, iré a enviar el cablegrama y volveré aquí para vigilar a estos. ¿Vamos? Pero no te lleves todas esas armas; si algo ocurre, con la tuya tendrás suficiente...

—Sí, claro.

Un minuto más tarde, salían del camarote 84. Adam Lockman, de la mano de Ophelia Parker, caminó de nuevo en su oscuridad insondable. Seguía oyéndolo todo, percibiéndolo todo con sus otros sentidos. Ophelia se detuvo, y él la imitó. Oyó abrirse una puerta. Ophelia tiró de su mano. Oyó cerrarse la puerta.

—¿Te explico cómo es el camarote? —se ofreció.

—No es necesario. Si llegara a interesarme no tendré otra cosa que hacer que recorrerlo... ¿Tienes la llave?

Ophelia le tomó una mano y puso en ella la llave del camarote L. Adam Lockman retuvo aquella mano, y dijo:

—Sé que me perdonarás.

Con la mano libre, rígida, lanzó un golpe en diagonal descendente hacia el punto elegido y situado gracias a la localización de la voz de Ophelia. Captó el veloz movimiento de ella para esquivar el golpe, pero éste ya estaba llegando. Notó el fuerte impacto, el estremecimiento de Ophelia Parker, su gemido contenido de dolor... Comprendió en el acto que no había conseguido plenamente su propósito de privarla del conocimiento, y entonces, implacablemente, alzó la rodilla derecha, hundiéndola en el bajo vientre de Ophelia, que

emitió un resoplido... Adam Lockman soltó la mano de Ophelia, y cerrando el puño lo disparó. Oyó el crujido de la mandíbula de ella, y enseguida el desplome de su cuerpo.

Se quedó inmóvil, lívido y jadeante. Ophelia no se movía. Adam se arrodilló, y tanteó hasta encontrar su cuerpo, por el que deslizó las manos hasta el pecho. Bajo la turgencia del seno izquierdo el corazón de Ophelia Parker latía violentamente. Pero latía.

¿Qué haría el señor K en sus circunstancias actuales? Pues era muy sencillo: perdido todo por perdido, el señor K no pararía hasta matarlos a él y a Ophelia antes de que el barco llegase a El Havre. Recomendado por el odio, ya no tendría más objetivo en su vida que matarlos a ellos. Y eso querría hacer el señor K.

—Pero a Ophelia, no —susurró Adam Lockman—, No a Ophelia, amiguito.

Diez minutos más tarde, Adam Lockman salía del camarote L, dejando a Ophelia Parker atada y amordazada. Quizá no todo lo bien que sería de desear, pero sí lo suficiente para que ella sólo pudiera liberarse cuando él ya hubiera hecho lo que quería hacer..., o hubiera fracasado definitivamente. Había empezado todo aquello sin saber nada de nada, lo habían traído y llevado, se había sentido impotente, humillado, vencido para siempre. Lo había perdido todo a cambio de nada.

Pero todavía podía conseguir algo de algo...

* * *

El señor Kramer, alto, apuesto, inteligente, miró una vez más su reloj de pulsera, y luego hacia el teléfono del bar de la clase turista donde estaba esperando la llamada. Hasta que, finalmente, el señor K comprendió que algo había ocurrido, y que esa llamada ya no se produciría. El señor K tuvo que comprender que las cosas se habían puesto muy mal para él.

Pero menos de lo que muchos podían pensar, porque el señor K era demasiado inteligente para no tener previstos casi todos los riesgos. Uno de ellos, precisamente, llegar a encontrarse en aquellas circunstancias. Sabía que Aimé, o cualquiera de los otros dos, le habían delatado o acabarían por delatarle por mucho que resistieran.

Así que, simplemente, lo único que el señor K ya no podía seguir haciendo era esperar, perder el tiempo. Sus amigos le habían proporcionado una pistola con silenciador, y la llevaba encima. Con ella podía matar a los dos agentes de la CIA, emboscándolos, aunque fuese lo último que hiciera en su vida. Pero esto entrañaba unos ciertos riesgos, y el señor K ya no quería correr más riesgos.

Se puso en pie, pagó su consumición, y salió del bar. No más riesgos.

Por poco que se le complicasen las cosas en su intento de matar a los

dos agentes de la CIA tal vez resultase aunque sólo fuese herido. Ah, no, nada de riesgos. Ninguno más. De modo que, simplemente, iría a su camarote, recogería la parte de su equipaje que había previsto, y se trasladaría a otro camarote que había tomado con el nombre de Josuah Perrins. Una vez allí, sólo tendría que cambiarse de ropas, disfrazarse como ya estaba previsto, y, al llegar a El Havre, abandonar el barco utilizando el pasaporte a nombre de Perrins que hacía tiempo tenía disponible. Ningún riesgo más. Sabía que tarde o temprano sería descubierto, y lo tenía todo previsto: un nuevo nombre, un pasaporte y una cuenta importante en Suiza. Adiós, señor Kramer: hola, señor Perrins. El juego había terminado, pero no su vida.

Calculando ya sus siguientes pasos, Ralph Kramer llegó ante la puerta de su camarote, abrió, y entró rápidamente, cerrando tras él. Disponía de poco tiempo, ya había perdido demasiado...

Se encontró a oscuras, como era lógico en aquel maldito camarote pequeño e interior. Accionó el interruptor de la luz, pero ésta no se encendió. Le pareció oír un rumor tras él, hacia el cuarto de baño, y volvió la cabeza, pero, naturalmente, no vio nada. Puso la mano en el pomo de la puerta, para abrirla a fin de que la luz del pasillo iluminase indirectamente su camarote...

—No abra la puerta —sonó la voz tras él, en alguna parte—, Si lo hace dispararé.

Un helado calambre recorrió el cuerpo de Ralph Kramer. Se quedó con la mano en la puerta, durante unos segundos.

Luego, muy despacio, fue subiéndola hacia la pistola que llevaba en la axila izquierda.

—¿Quién es usted? —murmuró—. ¿Qué hace en mi...?

—Somos viejos conocidos, señor K. Adivine quién soy.

—No sé —Kramer terminó de sacar la pistola, y se volvió, sin brusquedad, intentando ver en la oscuridad, pero sobre todo esperando oír de nuevo aquella voz, para disparar hacia allí—, ¿Qué significa todo esto?

—¿Le dice algo el nombre de Adam Lockman? —sonó la voz.

El señor K disparó dos veces hacia allí, velozmente. De su arma brotaron dos balas y dos resplandores, bajo los cuales sólo acertó a ver, o a creer ver, una silueta que se movía y era tragada por la oscuridad.

—Ya veo que mi nombre le suena, señor K.

Este disparó de nuevo por dos veces. Plop, plop, chascaban los amortiguados disparos. Y esta vez, ni siquiera vio sombra alguna. La voz parecía imposible de localizar. Kramer se sentía perdido, tenso, intentó serenarse. Todo lo que tenía que hacer era dominarse, esperar el momento oportuno, el momento seguro, y disparar con calma. Adam Lockman. Aspiró hondo.

—Creo que he perdido el control —dijo con voz aguda Kramer—. Claro que me suena su nombre, Lockman. Claro. Y por eso me he puesto nervioso. Pero podemos llegar a un acuerdo.

Esperó. Ahora llegaría el momento en que Lockman hablaría, y, ahora sí, con calma, sobre seguro, le dispararía.

Pero la respuesta de Adam Lockman ya no admitía posterior réplica.

El señor K vio un solo fogonazo diminuto ante él, pudo oír el chasquido del disparo, y sintió un leve golpecito en la frente. Ya no sintió, ni oyó, ni vio nada más. La bala le empujó contra la puerta, rebotó en ésta, y cayó de bruces en el centro del camarote.

A ciegas, Adam Lockman pasó por encima de su cadáver, abrió la puerta del camarote, la cerró, y se quedó allí hasta que alguien se ofreció a acompañarle amablemente al camarote L de la clase de lujo.

Cinco semanas más tarde Adam Lockman entraba en su habitación de la clínica Barraquer de Barcelona, echaba un vistazo alrededor y movía la cabeza con gesto sosegado. Era una despedida también de aquella habitación en la que había pasado casi un mes en total. Se había despedido de médicos y enfermeras, y afuera le esperaba un taxi que le llevaría al aeropuerto. Todo había terminado felizmente. Casi felizmente.

Recogió sus cosas, volvió a la puerta, echó un último vistazo y cerró, suavemente. Luego, recorrió el pasillo, llegó al vestíbulo y salió al pórtico. El taxi estaba allí. Todo casi perfecto. Faltaba el casi. Un casi que se llamaba Ophelia Parker. Ella no se había enfadado con él por haberla golpeado. Dijo que le comprendía. Incluso, la última noche de travesía volvieron a hacer el amor... ¡Oh, Dios, si hicieron el amor! Jamás había tenido en sus brazos una mujer como Ophelia, jamás, jamás. Ella no hacía el amor por hacerlo, por el simple placer sexual. Se había entregado a él de un modo...

Pero luego, cuando llegaron a El Havre, todo terminó. Todo entre ellos. Ophelia le había acompañado hasta Barcelona, y había estado allí hasta que terminó la intervención quirúrgica y les aseguraron que, en un noventa y nueve por ciento, la operación había sido un éxito.

Adam Lockman dejó la maleta en el suelo, y miró hacia el cielo, de un azul pálido, soleado. La operación había sido un éxito en un cien por cien, simplemente. Allá estaba el cielo, el sol, la vida de nuevo ante él. Pero no Ophelia, de la que no había vuelto a tener noticias después de la operación.

Distraído, Adam oyó pasar a alguien junto a él. Era una mujer, que salía de la clínica. Era alta, de cabellos negros. Esbelta, fuerte. Su cintura era estrecha y flexible. Vestía jersey negro, falda azul, zapatos azules. Sus zapatos repiqueteaban sobre las losas rítmicamente, clic-clac, clic-clac, clic-clac...

La mirada de Adam Lockman se desplazó lentamente hacia la mujer. Se quedó mirando su espalda. Luego los zapatos. La mujer cruzó el apeadero de la clínica, y salió a la calle. Adam agarró su maleta, y se fue en pos de la mujer. La vio de nuevo en la calle, en actitud de esperar un taxi. Adam se colocó junto a ella, y la miró. La mujer volvió la cabeza, y fijó en él sus ojos oscuros e inteligentes, llenos de energía, de inteligencia. Tenía unos rasgos amplios, firmes; era uno de esos rostros que inspiran confianza y serenidad. No, no era bonita en el sentido corriente de la palabra. Era preciosa por dentro, y Adam lo supo, pero no era «bonita» por fuera, pese a tener un hoyuelo en la barbilla.

Adam sonrió a la mujer, y preguntó, en aceptable español:

—¿Está esperando un taxi?

Ella miró su boca, de nuevo sus ojos, y, sin contestar, volvió a mirar hacia la calzada.

—Tengo un taxi ahí dentro —dijo Adam—. Se lo ofrezco. Con él, puede usted ir al aeropuerto, tomar un avión acto seguido, otro si es necesario, y finalmente llegar a las Hawái, donde podría pasar unas vacaciones maravillosas. ¿No le seduce la idea?

Ella estaba mirándole de nuevo, pero no decía nada. Apareció un taxi, ella se dio cuenta, y le hizo una seña. Adam la tomó de un brazo, y ella le miró una vez más con expresión alterada.

—Ophelia —dijo Adam Lockman—, sí no querías que supiera que estabas aquí para verme salir de la clínica completamente recuperado no debiste caminar cerca de mí.

—Se está confundiendo —dijo la mujer, con voz quebrada, en español.

—Y un cuerno —Adam dejó la maleta, la abrazó por la cintura, y la besó rápidamente en la boca, apartándola acto seguido—. ¡Y un cuerno me estoy confundiendo!

—Adam —gimió ella—. ¡Adam, sólo quería verte, nada más! ¡Nada más!

—¿Por qué nada más?

—Ya vuelves a ser el de siempre: Adam Lockman, uno de los mejores agentes, apuesto, interesante, guapo...

—Muchas gracias —sonrió Adam de oreja a oreja—. Sigue, sigue, me gusta escuchar esa clase de cosas. Soy inteligente, guapo, guapísimo... ¿Y qué? ¡Maldita sea mi estampa! —gritó de pronto—, ¿Y qué tiene que ver todo eso con tu maldita actitud? ¡Incluso he llegado a temer que te hubieras muerto! ¡Todo este tiempo sin oírte, sin saber nada de ti...! ¡Maldita sea! ¿Por qué?

—Bueno... Mírame bien, Adam. Yo no... no soy precisamente la chica que hace buena pareja con un hombre como tú... Soy fea, Adam.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué?

—¡Que desde cuándo eres fea, boba de los demonios! Tienes cuerpo de diosa, besas como un ángel y haces el amor como una ninfómana enamorada. Además de todo eso, eres inteligente, tienes más agallas que la mayoría de hombres que he conocido, y te la jugaste voluntariamente por mí. ¡Y no me hables de agradecimiento por mi parte, nada de eso! Te amo, eso es todo. Así que vamos a tomar juntos ese avión para las Hawái.

—¿Me llevas contigo?

—No, señorita. No te llevo. Vamos juntos. Y para siempre, porque yo sería el más grande imbécil del mundo si no te retuviera a mi lado. Ophelia, deja de hacer la tonta, ¿de acuerdo? ¡Yo iría contigo al fin del mundo a ciegas!

—Adam —sonrió Ophelia—, ¡me habría muerto sí no hubieras dicho eso!

F I N

Índice

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

ESTE ES EL FINAL